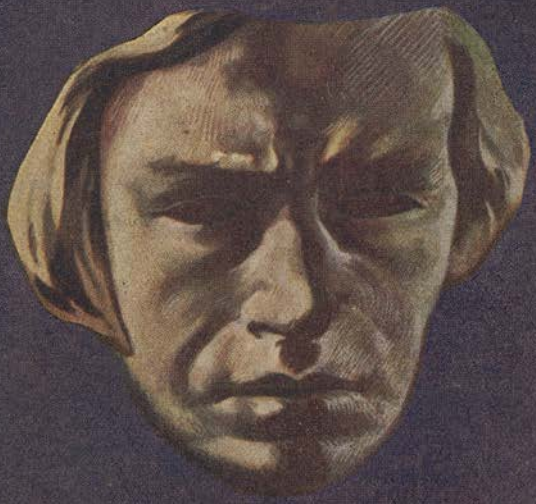
H. BESSER

La PERSEVERANCIA



QUIEN SABE QUERER CON PERSEVERANCIA LO CONSIGUE TODO.

CIONES ESPAÑOLAS
MADRID

LA PERSEVERANCIA

H. BESSER

LA PERSEVERANCIA

TRADUCCIÓN

DE

CARMEN DE BURGOS

(COLOMBINE)

EDICIONES ESPAÑOLAS
PLAZA DEL CONDE DE BARAJAS, NÚM. 5.—MADRID
TELÉFONO 44-99

TIP. YAGÜES, NUNCIO, 8.—MADRID.—TELÉFONO 44-99

PRIMERA PARTE

CAPITULO PRIMERO

La verdadera perseverancia.

La perseverancia es una facultad con que podemos llevar a cabo una obra, sin que nos detengan las dificultades del principio, ni los múltiples obstáculos que impiden su realización.

Es una forma de la energía que nos da la suficiente entereza de alma para no desistir de nuestro propósito ante lo laborioso de su ejecución.

Es el arte de marchar hacia el fin deseado, desdeñando los obstáculos del momento, o haciendo, al menos, todo lo posible para dominarlos.

Es la virtud profesada por personas de volun-

tad ardiente, que, después de haber discernido las probabilidades favorables de una empresa, no se desaniman por los incidentes que la retrasan.

Y son personas perseverantes, las que se lanzan resueltamente al camino elegido, a pesar de los riesgos que en él encuentran.

Lejos de disminuir su valor los obstáculos, parecen aumentarle. El ardor de la lucha duplica sus fuerzas, y las dificultades aguzan su imaginación.

Los hombres perseverantes ignoran las flaquezas parecidas por aquellos otros cuya débil voluntad se rompe al primer contacto con las circunstancias adversas.

Estos últimos se dejan llevar de la desesperación, acusando a la suerte, que no tiene la culpa, de su desgracia; pero guardándose, por supuesto, de reconocer su impotencia y de intentar algo para convertirla en energía directora.

En su debilidad, encuentran preferible permanecer en la inacción, y dejan de perseguir su propósito, dándose a sí mismos esta excusa:

«Nada me sale bien; vale más que lo deje», asombrándose en seguida de la suerte de aquellos que terminan felizmente todas sus empresas.

«Si se tratase de mí, añaden, no ocurriría de este modo; pero a él todo le sonríe.»

Y en su despecho dicen la verdad, porque, efectivamente, todo le sale bien al que sabe querer con perseverancia, y nada puede tener buen fin en manos del que desconoce el modo de aprovechar las circunstancias favorables.

En época alguna fué más precisa la perseverancia que en nuestra sociedad actual. Como la instrucción se halla más extendida, produce el desarrollo de muchas aptitudes, que antes quedaban en gérmen, y esto aumenta la competencia. La lucha es, por consiguiente, más dura, y reclama, de parte de quienes la sostienen, una gran voluntad, a la vez que un esfuerzo continuo, base de todas las perseverancias.

Semejante persistencia no pone solamente en juego las cualidades necesarias para apresurar la realizacion perseguida. Es también la resultante de una idea mantenida y contemplada, hasta el momento en que adquiere vitalidad suficiente para poder transformarse en acciones.

Pero sería estéril, si el fin deseado no apareciera con claridad; antes de seguir tenazmente un camino, es indipensable saber dónde conduce.

Son muchos los ciegos voluntarios que se asombran de hallar dificultades donde no se habían cuidado de preverlas. Entonces, los hombres dotados de perseverancia reflexionan, y

comparan la naturaleza de los obstáculos con su propia fuerza de resistencia.

Si se sienten incapaces de hacer frente a los impedimentos, si preveén que estos han de llegar a convertirse en verdaderas imposibilidades, no vacilan, vuelven al punto de partida y buscan un camino más práctico.

No obstante, para muchos, abandonar un proyecto es dar pruebas de debilidad, y así retroceden ante determinaciones que les parecen una defección.

Para esos caracteres enérgicos, los obstáculos representan el papel de enemigos, y así como un militar se creería deshonrado si huyera ante el ejército contrario, ellos se sentirían inferiores a sí mismos, si no prosiguieran la aventura hasta el fin.

Añadamos que su valor encuentra generalmente la recompensa debida, porque pocas cosas resisten a una voluntad firme y perseverante.

La primer decisión de los que se encuentren en ese caso, debe ser suspender la marcha, no para retroceder desde luego, sino para reflexionar.

Veremos después que es indispensable no obrar a la ligera cuando se está resuelto a persirtir.

La razón debe ser la base de toda empresa. El que sienta plaza sin tener en cuenta la necesidad de combatir, es vencido de antemano.

¿Cuál es el soldado que parte a la guerra sin sus armas?

En la lucha por la vida, no es menos duro el combate que sobre los campos de batalla, y tan mortífero a veces.

Cuando estemos suficientemente iluminados respecto del esfuerzo que debamos hacer, y cuando hayamos previsto las sinuosidades o asperezas del camino que tengamos que seguir, será tiempo entonces de modelar los unos y dominar las otras.

El origen de toda perseverancia es la potencia de la idea motriz.

Semejante virtud es muy calumniada. Los débiles, los incapaces, le dan el nombre de manía o de idea fija.

Pero la fijeza de ideas, es una cualidad indispensable para la realización de cualquier propósito. Las ideas divergentes conducen siempre a resoluciones, frágiles por su misma diversidad.

El que sincera y firmemente desee el triunfo, ha de menospreciar las sugestiones extrañas a la idea que le preocupa, y los fines que persigue han de regular de continuo sus resoluciones.

No debe echar tampoco en olvido que la vo-

luntad que le dicta una decisión aislada, es sólo, para él, un estado transitorio.

Para que este estado llege a ser difinitivo, es necesario producir acciones que le lleven a la realización total.

Aunque la acción fuera prematura, no conviene dejarse dominar por pensamiento alguno derogatorio de lo que se haya resuelto, siempre que dichas ideas nos aparten o alejen del fin apetecido. Por el contrario, toda modificación, toda mejora que nos aproxime a él, deben ser acogidas y examinadas con completo cuidado.

Sin embargo, antes de modificar el plan primitivo, es conveniente entregarse a un examen profundo, que nos evite lanzarnos a la ligera a un camino peligroso, o, lo que es mil veces peor, que no conduzca a ninguna parte.

El que quiera alcanzar la perseverancia, antes de concebir el plan que haya de seguir con firmeza, debe hacer lo que hacen los turistas prudentes en el momento de emprender un viaje.

Comienzan por consultar sus gustos, y la conveniencia o los intereses que les invitan a preferir un país más bien que otro.

Hecha la elección, consultan sus medios. Más tarde se ocupan del tiempo que pueden dedicar al viaje. Después piensan en los vestidos y pro-

visiones de toda especie que se deban procurar.

Y hecho esto desdoblan el mapa del país que desean ver, y eligen cuidadosamente su itinerario, previendo las lentitudes del camino, y las dificultades de comunicación, y marcando las ciudades donde quieren parar, y los lugares y sitios que juzgan dignos de interés.

Sólo entonces es cuando se ponen en camino, sabiendo exactamente dónde van y sin que les detengan las solicitaciones de las cosas que podrían apartarles del plan trazado.

Los que obren de otro modo tocarán las consecuencias desde el principio.

La falta de cálculo del tiempo les producirá una inquietud que les arrebatará la libertad de espíritu. Las provisiones, mal calculadas también, llegarán a faltarles, y los exiguos recursos, amenazando agotarse antes del término del viaje, les pondrá en la precisión de interrumpirle antes de tiempo.

Otros, no sabiendo resistir a los atractivos del paisaje que ven a distancia, para contemplarlo de cerca, se alejan del camino que siguen perdiendo así un tiempo precioso y exponiéndose a extraviarse. Y lo peor es que esos sitios no cnmplen siempre sus promesas, y el que abandona su ruta, muchas veces no halla compensación.

Entonces, las personas que carecen de perseverancia, en lugar de esforzarse en volver a hallar el verdadero camino con proposito de no separarse más de él, comienzan a errar sin objeto, pareciéndoles cada nuevo horizonte una maravilla por el brillante colorido con que le adorna la distancia.

Otros, dotados de imaginación menos viva, pasan indiferentes ante las solicitaciones de esos espejismos, pero se desesperan ante el menor obstáculo.

La más ligera fatiga les produce enojo y deseos de volver a su hogar, abandonando un proyecto cuya ejecución les parece demasiado complicada.

Cierto es que, al regresar a su casa, encuentran los mismos motivos de desaliento en los actos ordinarios de la vida, y retardan su ejecución todo lo posible.

Por el contrario, el esfuerzo reflexivo no es nunca ingrato. El que le verifica gustoso encuentra en él la fuerza que da la esperanza de un próximo triunfo.

La voluntad de perseverar debe ser el centro en torno del cual giren todas las cualidades exigidas para la conquista de esa virtud.

Decimos virtud y no exageramos, puesto que la perseverancia, bien comprendida, es la sínte-

sis de muchas cualidades que veneramos habitualmente.

Apresurémonos a añadir que esas cualidades son, en la lucha de la vida, armas a la vez ofensivas y defensivas. Nos sirven para combatir todo defecto enemigo de la sinceridad y del buen éxito de las cosas, atacándole, batiéndole en la brecha y persiguiéndole hasta su total desaparición.

Nos sirven también de escudo para preservarnos de los golpes mortales que asestan contra todo bello propósito los defectos contrarios a la perseverancia.

Los principales de estos enemigos son:

La pereza.

El desaliento.

La falta de confianza en sí mismo.

La impaciencia; y

La ligereza.

Como la pereza determina el odio al esfuerzo, no nos permite llevar a cabo más que proyectos fáciles, que no exijan tensión de espíritu ni atención sostenida, y, menos aún, trabajo continuo.

Fácil es comprender que obras tan poco complicadas son casi siempre de orden inferior.

Su sencillez les pone al alcance de todos, excluyéndolas del dominio reservado a las ambiciones legítimas. Son intentadas y cumplidas

por tantas personas que, conforme a la ley de la oferta y de la demanda, pierden todo el interés moral o material que podían tener en un principio.

Los que las buscan a causa de sus pocas dificultades, no tardan, por lo demás, en abandonarlas, porque como la mucha producción origina la competencia, exigen cualidades de acción y de perseverancia que su pereza les prohibe.

Los perezosos están, pues, eternamente condenados a empresas secundarias y a negocios sin porvenir, porque la pereza produce siempre una atonía moral, que aleja de todo lo que se llame trabajo, y así permanece baldío el campo de los conocimientos, cuando un poco de actividad podría hacer brotar en él la flor de la sabiduría, cuyo perfume embellece la vida.

El espíritu de los indolentes es un erial, donde la cizaña y las plantas parásitas invaden bien pronto un terreno que nadie les disputa.

Por esto los hombres perezosos sólo tienen cualidades negativas. Las que contribuyen al éxito no subsisten mucho tiempo en ellos; mueren rápidamente o vegetan, ahogadas por el desarrrollo de faltas que dimanan del defecto principal, asemejándose muy luego a esas nuestras vegetaciones, que no parecen animadas de ningún principio vivaz.

La pereza, llevada al extremo, produce siempre la degeneración del individuo.

Sabido es que los órganos cuya función habitual se suprime, quedan atrofiados.

Pocas personas podrán servirse de la mano izquierda tan bien como de la derecha. Sin embargo, al nacer, esas dos extremidades se hallaban en iguales condiciones. Pero como la costumbre exige que se reprenda a los niños cuando se sirven de la mano izquierda, esta última no llega nunca a adquirir la flexibilidad y destreza de la otra.

Tan verdadera es esta observación, que aquellos que, por su oficio, tienen que servirse de la mano izquierda, como los pianistas y otros músicos, llegan a manejarla hábilmente, lo que nunca logran hacer los que no se ejercitan en ese trabajo.

Después de la pereza viene el *desaliento*, que es la suspensión de toda voluntad en lo que respecta a la empresa comenzada.

La aparición de un obstáculo imprevisto, es siempre la causa del desaliento.

Las almas viriles no ven, en tales obstáculos, más que un estímulo, y el atractivo de la lucha les incita a perseverar en el camino que ha de conducirles al éxito.

Pero los hombres de voluntad vacilante pier-

den valor a cada incidente, que retrasa la realización de sus propósitos.

Puede comparárseles a un minero que viera obstruída de continuo, por formidables bloques de piedra, la galería que taladra.

El hombre dotado de perseverancia, después de deplorar esos contratiempos sucesivos, se recobraría rápidamente ante la inutilidad de sus quejas; se esforzoría en apartar los obstáculos amontonados, y llegaría con tanto mayor placer al término de su empresa, cuanto ésta hubiera sido más árdua y, por consiguiente, más gloriosa.

Pero el hombre de voluntad atrofiada retrocederá ante este aumento de fatigas; preferirá abandonar el trabajo a volver a comenzarle, y, aunque desolado por la inutilidad de sus anteriores esfuerzos, desandará lo andado, considerándose dichoso aún si su abortada tentativa no ha producido perturbaciones que le cierren el camino de regreso.

La falta de confianza en sí mismo procede, por lo común, de una anterior y desgraciada experiencia.

Pero en vez de dejarnos dominar por un sentimiento tan poco noble, sería mejor volver sobre nosotros y confesar sinceramente nuestros yerros.

Veríamos así que casi siempre los fracasos son producidos por falta de reflexión, por un desaliento demasiado rápido, o también por falta de actividad.

Esta es una de las causas principales del mal éxito de las cosas.

Al preconizar la actividad, no nos referimos a esa movilidad extrema a que ciertas personas dan el nombre de trabajo. La actividad fructuosa es rara vez amiga del ruido. Posee las cualidades de la perseverancia, a quien sirve de potente rueda.

La agitación dura poco, y al apaciguarse, produce la laxitud. Al cesar el esfuerzo, cesa también el avance, y sabido es que todo lo que no es mejora, degenera. Resulta de aquí que uniéndose la fatiga a la desilusión, concurren ambas a destruir el deseo de sostener la lucha.

Donde los perseverantes sólo ven una dificultad pasajera, encuentran un obstáculo infranqueable los que carecen de confianza en sí mismismos, y, en vez de redoblar sus esfuerzo, se paran para condolerse de su mala fortuna, declaran imposible su propósito, o se limitan a trabajar imperfectamente.

La fe en sí propio es una poderosa levadura, aun manejada por manos débiles.

Es, en toda empresa, el faro que ilumina el

camino y nos proporciona el medio de seguirle hasta el fin, sin temor de extraviarnos.

El que se reconozca sinceramente, verá que la desconfianza puede ser dominada, puesto que procede de causas fáciles de determinar, y así es preciso irla venciendo poco a poco hasta conseguir su total supresión.

El remedio, que como hemos dicho, es sencillo de descubrir, debe aplicarse inmediatamente junto a la llaga, y su aplicación sólo exige discernimiento y voluntad.

La *impaciencia* es la antitésis de la perseverancia; en su deseo de precipitar los resultados, los mutila, cuando no los destruye enteramente.

Si es deplorable la negligencia, no lo es menos el apresuramiento excesivo, porque se opone a todo perfeccionamiento.

¡Cuántas veces impide el desarrollo de una obra, con perjuicio de su utilidad, separándolo al propio tiempo de su objeto y de sus primeros fines!

Puede compararse a los impacientes, con un hombre que creyera acelerar la aparición del polluelo, rompiendo prematuramente la cáscara del huevo que le encierra.

Reduciría así a la nada una cosa que, bajo su forma primitiva, o bajo la del animal que de

ella sale, es un manjar suculento, inutilizado ahora, gracias a su loca impaciencia.

La *ligereza,* es el escollo contra que se estrellan las personas de voluntad inconstante. Tales hombres desfloran todos los asuntos, comienzan muchos negocios, pero no se fijan en ninguno.

El más ligero accidente les aparta de la labor comenzada, y les incita a emprender otra, que abandonan también en su volubilidad infantil.

No pueden mantenerse mucho tiempo en el mismo camino. La curiosidad viene en su ayuda, y se apartan a cada instante de sus proyectos, para concebir otros que olvidan en seguida.

Aunque obran con sinceridad la mayoría de las veces; cualquier suceso les impulsa a cambiar de idea: El más pequeño obstáculo, sin atemorizarles, les torna indiferentes y les desalienta con facilidad.

Lejos de procurar apartarle o vencerle, se lanzan a otras combinaciones, cuyos inconvenientes no descubren por la ligereza con que obran.

Su vida es un perpetuo tejer y destejer, y así no obtienen éxito en empresa alguna. Verdad es que no conocen tampoco el fracaso completo, porque nunca llegan hasta él.

Se contentan con forjar proyectos y hacer combinaciones, que sin producirles preocupación excesiva, aparecen un instante para desaparecer al momento, como las burbujas de jabón que lanzan los niños al aire.

Veamos ahora cuáles son, en líneas generales, las condiciones exigidas por la perseverancia.

Figura a la cabeza de todas, la *tenacidad*, y vienen después.

La calma.

La paciencia.

La actividad.

El aplomo; y

La atención.

Muchas otras cualidades secundarias, pero también de gran importancia, se unen a las anteriores, prestándoles todo su valor, y representando así el papel de fieles auxiliares.

Hablaremos de ellas en los siguientes capítulos, en estas primeras páginas, dedicadas sobre todo a la definición de la perseverancia; indicaremos únicamente los elementos primordiales que constituyen el fundamento de esa cualidad maestra.

La calma es la virtud de los fuertes. Con calma se deciden todas las bellas resoluciones que preceden a los actos provechosos.

Sólo con la virtud de la calma es posible sentar las premisas del raciocinio en que se fundan todas las empresas viables.

Sin calma no puede deducirse acertadamente cosa alguna, y de ahí depende únicamente el éxito.

Es más importante de lo que se cree no comenzar por una tentativa frustrada.

El mal éxito es un factor disgregante para las almas de poco temple, de quienes se apodera el desaliento con tanta mayor facilidad cuanto que no encuentran en sí fuerzas para luchar contra acontecimientos desgraciados, en que reconocen siempre una fuerza oculta y contraria.

La paciencia, conteniendo las manifestaciones de la nerviosidad, impone la continuación y la frecuencia del esfuerzo. Y la perseverancia no es otra cosa que la voluntad de ese esfuerzo, cuya frecuencia produce la continuidad.

La paciencia nos permite también apreciar las cosas bajo un verdadero aspecto, prohibiéndonos los juicios apasionados y, por consiguiente, la parcialidad

Por la paciencia podemos, asimismo, escoger con discernimiento y seguir lúcidamente los consejos de la razón.

La actividad es indispensable a todo el que practique la perseverancia.

Hemos hablado ya de ese falso celo, que toma muy a menudo el nombre de actividad, y que sólo es realmente la satisfacción de una excesiva necesidad de movimiento.

La verdadera actividad no se gasta a tontas y a locas. No se derrama sobre objetos inútiles. Se ocupa únicamente de cosas que, gracias a ella, sean susceptibles de adquirir un desenvolmiento provechoso.

La división de esfuerzos es siempre resultado de una actividad mal entendida.

Hace muchos siglos que se dijo por primera vez: «La unión constituye la fuerza», y esta máxima no ha perdido nada de su exactitud y oportunidad al través de los tiempos.

El aplomo permite poner en práctica las resoluciones que la calma nos haya hecho concebir y que, con ayuda de la paciencia, hayamos madurado largamente.

El aplomo es la principal cualidad de los que se sienten llenos de la firmeza que inspira las hermosas audacias. Sirve para encauzar la actividad, permitiéndola hacerse valer y ejercerse a justo título, y nos inspira la suficiente confianza en nosotros mismos para dar libre curso a la idea directora y consejera de nuestras acciones.

El aplomo no debe confundirse nunca con el descaro.

Es la cualidad de los hombres de sangre hacia el fin escogido por nuestra prudencia.

Hablamos aquí del aplomo razonado, y no de esa fanfarronería, que, como no se apoya en ningún fundamento sólido, no puede sostenerse mucho tiempo y no tarda en derrumbarse, sepultando bajo sus escombros al que, durante un tiempo más o menos largo, pero efímero siempre, creyó poderse imponer a todos, sin tener, por su parte, convicciones de ninguna especie.

La atención es el hábito de reflexionar con conciencia fría, la de aquellos que no buscan más que en sí mismos los medios para triunfar.

Gracias a él, toma parte la inteligencia en las resoluciones sabiamente adoptadas, puesto que moderando la fuerza de los impulsos, deja a la razón amplio espacio para intervenir eficazmente.

El aplomo, creando en torno nuestro la confianza, nos permite marchar sin vacilación rudamente. Es un deseo de comprensión, unido al afán de servirse de las enseñanzas recogidas.

Sin la atención, no puede llevarse a cabo empresa alguna. Gracias a ella, no pasan desapercibidos los inconvenientes y las ventajas de la obra comenzada.

Las lecciones del pasado son, para el que sabe atender, promesas de éxito en el porvenir.

Sólo los aturdidos dejan pasar inadvertidas las

enseñanzas de la vida. Los hombres enérgicos buscan, por el contrario, todo lo que puede ayudarles a ponerlas en práctica, y no ignoran que la atención es un elemento poderoso para conseguir el éxito.

La atención es madre de la experiencia, que no existiría si no cuidáramos de fijar en nuestro espíritu las cosas que han de servirla más tarde de fundamento.

Gracias a la atención puede un inventor modificar su obra, recordando los defectos que haya observado en sistemas semejantes.

Por virtud de la atención se logra asimismo transformar la idea motriz en activa potencia, que contribuye con sus efectos a la adquisición de la perseverancia.

Y es imposible, nunca lo repetiremos suficientemente, pensar en adquirir semejante cualidad, si no se practican las virtudes que la forman, guardándose de los defectos que impiden su desarrollo.

La perseverancia nos ayuda también poderosamente a consolidar aquellas cualidades que no poseemos con perfección. Ella nos conforta, nos hace sufridos, valerosos, moderados, y nos conduce, por fin, al éxito, evitándonos los descorazonamientos y las laxitudes que experimentan siempre, con más o menos fuerza, aquéllos cuya frágil voluntad no se halla sostenida por la fe.

CAPÍTULO II

Peligros de la obstinación.

«Los extremos se tocan», dice un proverbio cuya veracidad no desmiente la reputación concedida a esas antiguas máximas, y una perseverancia excesiva puede conducir a la obstinación.

Las verdades latentes que la perseverancia transforma en motivos de realización, se convierten, gracias a la terquedad, en otras tantas utopias, cuyo artificio es involuntario, o a veces conscientemente, sostenido por los que no quieren rendirse a los consejos de la razón.

No se trata aquí de un idealismo que el estudio, o la ciencia, puedan hacer fecundos por diversas causas. La obstinación consiste en perseguir un proyecto cuya realización no pueda esperarse rozonablemente.

El punto de partida de semejante obstinación es casi siempre un falso reciocinio.

Nos hemos comprometido a la ligera, fiándodonos de esperanzas que se han desvanecido ante la luz penetrante de la lógica. Es quizás tiempo aún de cambiar de determinación, pero nos detienen consideraciones que, ante la certidumbre del mal éxito, deberían perder toda su fuerza.

Casi siempre se mezcla en ello el amor propio; no queremos reconocer nuestro error, sin darnos cuenta de que perseverando en él, le agravamos más y más.

La neglicencia representa también un papel importante en la terquedad de los obstinados.

Abandonar la primera tentativa para seguir otras, es doblar el esfuerzo que costó tanto trabajo a su falta de energía.

No comprenden lo lamentable que es el dar el más pequeño paso cuando carece de objeto, o no puede concurrir a realizar una empresa.

El obstinado, puede compararse a un hombre que quisiera cultivar un terreno pedregoso.

Toda la semilla que arrojara al suelo se perdería irremisiblemente, y lo que es peor, se habría perdido también el tiempo.

Cada minuto de nuestra vida que empleamos en obras sin fruto, forma parte de una hora que jamás ha de volver, y que, sin provecho de nadie, se pierde en el seno de la eternidad.

Pero mientras el hombre obstinado continúa esparciendo semilla inútil sobre la roca, el hombre perseverante, sin intentar una empresa cuya esterilidad le muestra su razón, reflexiona sobre los medios de sacar partido de esas piedras. Y cuando los haya encontrado, cuando después de haber pesado durante mucho tiempo el pro y el contra, se resuelva a ponerlos en práctica, no le detendrán las dificultades, y continuará con paciencia la labor emprendida.

Una forma frecuente de la terquedad, es exagerarnos el valor de los hechos menudos y sacar de aquí pretexto para prolongar nuestros errores.

La sinceridad consigo mismo no es nunca patrimonio del obstinado, que gusta de disfrazarse a sí propio la verdad; llegando a no ver las cosas en su verdadero aspecto, sino como le resultan agradables.

Este modo de proceder conduce pronto a desviaciones del juicio y a una falsa apreciación de todo.

Ocurre con frecuencia, que el obstinado no es inconsciente, sino que se da cuenta de la debilidad de sus argumentos y de lo inútil de su labor.

Pero no quiere confesar que se ha equivocado y así se hunde cada vez más en su error, por no convenir en que le ha reconocido, esperando

al engañarse a sí propio, engañar también a los demás.

Aduce razones cuyo absurdo comprende; presenta pruebas fingidas, y destruye de esta manera toda posibilidad de retorno a la verdad.

Claro que nadie es víctima de estos expedientes miserables más que el que los emplea, porque, a medida que se afirma el mal éxito, aumentan los engaños, hasta que su autor no puede ya ocultar a nadie el fracaso de su tentativa.

Otra particularidad de la obstinación es la mala fe con que acoge el triunfo ajeno.

La depresión que sigue siempre al fracaso hace germinar, en el corazón de los testarudos, una envidia que se traduce siempre por palabras acerbas contra los que han sabido realizar sus intenciones. Confiesan de mala gana y con acritud el éxito de otros, y tratan, por todos los medios posibles, de disminuir su alcance.

La vanidad herida, junto con el temor de tener que comenzar nuevamente la lucha, les priva de toda benevolencia, no sólo respecto de los que han triunfado, sino también respecto de los que, desde el primer instante, trataron de hacerles ver lo ilógico de su empresa.

Los testarudos emplean también este argumente que consideran victorioso:

«Es fácil, dicen, calificar de obstinación un

esfuerzo qne resulta estéril; pero de resultar útil se le hubiera adornado seguramente con el nombre de perseverancia.»

La respuesta es sencilla:

Si semejante esfuerzo hubiera producido un feliz resultado, sería por basarse en determinaciones maduras, y por ser consecuencia de un anterior pensamiento reflexivo que legitimara la resolución adoptada.

Claro que no siempre triunfan las tentativas convenientemente dispuestas. Pero todas las que principian por impulsos febriles abortan miserablemente.

«Pero hay personas, replican los obstinados, a quienes todo sale bien, y que, sin embargo, no hacen nada para ello.»

No negamos que la fortuna favorece en ocasiones a individuos que no se toman el trabajo de conquistarla.

Pero fuera de algunos casos aislados, vemos que, aun los que logran así la fortuna, no tardan en comprometer, con su obstinación, lo que les vino de manera tan fortuita.

Nunca combatiremos bastante la preocupación de que el azar representa en la vida un papel mucho más importante de lo que comúnmente se cree.

Los que triunfan, raras veces tienen algo que

agradecer a ese ciego dios, y, si la fortuna les favorece, debemos estar persuadidos de que han hecho todo lo posible para alcanzarla.

Tan mezquinos argumentos sólo son aducidos por hombres obstinados, que querrían hacer responsable de sus errores al universo entero, con tal de que el peso de dichos errores no cayera únicamente sobre sus hombros.

¿Hay que limitarse a compadecer a tales personas? No, es preciso curarlas, mostrándoles con toda delicadeza posible los lados defectuosos de sus proyectos.

Sería inoportuno insistir, en un principio, excesivamente, contentémonos con emitir un símple parecer, una apreciación, que, alabando algunas partes de la obra, nos permita, sin herir la susceptibilidad de su autor, criticar moderadamente las demás.

Poco a poco, y tratando con el testarudo de reconstituir el edificio derrumbado, deslizaremos algunos consejos sobre el modo de edificarle de nuevo. La experiencia hará lo demás, y, si no somos torpes, lograremos sin gran trabajo trazar la línea que separa la testarudez de la perseverancia.

Guardémonos, sobre todo, cuidadosamente de matar en el corazón de los obstinados la esperanza, causa primera de su obstinación.

Por el contrario, conservándola intacta es como conseguiremos convertir en perseverancia la testarudez, que debió su origen a una excesiva credulidad en el porvenir.

No debemos olvidar tampoco que la base de toda obstinación es siempre un falso raciocinio Por consiguiente; hay que suprimir el fundamento del mal si queremos extirparle de raíz.

Entre la perseverancia y la testarudez, sólo existe la diferente calidad del juicio.

El hombre perseverante, de inteligencia dócil a la reflexión, no concibe un proyecto más que después de haberle discutido largamente consigo mismo y con personas competentes.

Escucha religiosamente toda objeción, aun cuando sea en contra de sus resoluciones primitivas, y las anota con cuidado para apreciarlas después y discutirlas imparcialmente.

Si alguna de estas opiniones le parece de verdadero alcance, no se avergüenza de reconocer la superioridad del procedimiento o de la línea de conducta recomendados, y huyendo de la obstinación prepara el éxito futuro.

Por el contrario, los hombres obstinados, y este es su defecto menor, no tienen en cuenta las observaciones por juiciosas que sean.

No admiten más opiniones que las favorables a sus propósitos, y se niegan a oir las voces que

no se mezclan a la suya para glorificar al unísono la empresa que persiguen o que meditan.

Desprecian el antiguo refrán que dice: «Quien no oye más que una campana no oye más que un son.» Y sólo escuchan el halagador tintineo de la que agitan ellos mismos.

Se tapan los oídos para no escuchar el toque de alarma, advertidor de catástrofes, y cuando ésta se produce, se apresuran a negar su error, achacando el mal éxito a intervenciones completamente extrañas a la marcha de las cosas.

Es preciso, no obstante, huir del extremo contrario y no desalentarse a la menor contradicción.

La propiedad de la verdadera perseverancia es, como hemos dicho, el discernimiento seguro que nos permite apreciar el valor de los argumentos y, sobre todo, el espíritu con que son presentados.

Sin caer en una desconfianza excesiva, rayana en la manía persecutoria, conviene saber dar su parte a la envidia que tanto sufre con las victorias ajenas, y que procura siempre impedir proyectos cuya realización la llenaría de despecho.

Una forma frecuente de la obstinación es lo que suele llamarse idea fija, esto es, una idea tan insistente y tan poderosa que llega a convertirse en un fin único, del que nada aparta a los que son víctimas de ella.

La idea fija es la exageración de la perseverancia. Produce en los cerebros débiles la representación obstinada del ideal perseguido, sin dejar sitio alguno a pensamientos derogatorios.

Con la idea fija, el horizonte se cierra. El espíritu, en tensión constante hacia un mismo pensamiento, se niega a considerar otro alguno, y si se produce, le expulsa inmediatamente o, al menos, desdeña en detenerse en él, para adoptar otros pertenecientes a aquella agrupación.

A medida que éstos se presentan, el hombre, dominado por la idea fija, los disfraza y transforma, haciéndolos converger hacia el objeto único que ocupa su mente.

La idea fija, llevada al extremo, se convierte en la obsesión, estado cuyo principal efecto es relacionar todo incidente, de cualquier naturaleza que sea, con el pensamiento que se cultiva amorosamente.

Las cosas que a primera vista parecen más incompatibles con el objeto de la obsesión, quedan unidas al mismo por el obstinado que lo alimente, mediante hilos más o menos tirantes, pero que, después de mil rodeos, acaban por anudarse, siempre relacionando así muchas ideas heterogéneas, en quienes la víctima halla siempre un punto de contacto.

La obsesión se produce, generalmente, en el momento en que la obstinación, llevada a su colmo, no permite ya a la parte física ejercer influencia alguna sobre la moral.

Por esto vemos cosas que nos dejan confundidos.

Con la mejor buena fe del mundo, pintores a quienes impresionó un día el color malva acentuado de un crepúsculo, lo relacionan todo con esa impresión y pintan árboles violeta, mujeres de color lila y niños heliotropo.

Otros, cuya penetrante observación se ejerce particularmente sobre la forma, después de haber comprobado la redondez o la regularidad de ciertos objetos, nos ofrecen pinturas en que triunfan intempestivamente, por lo general, los círculos y los ángulos rectos.

Y ¿quién no ha experimentado la obsesión que padecen ciertos especialistas?

Teniendo siempre ante los ojos la naturaleza de la enfermedad que estudian casi exclusivamente, muchos médicos se niegan a reconocer en sus clientes otro mal que el que tratan de continuo.

Añadamos que unos y otros van, casi siempre, de buena fe, y éstos son las únicos que nos ocupan, porque los restantes no pertenecen al número de los obstinados. Lejos de ello, se hallan

muy decididos a cambiar de parecer en cuanto no esté conforme con las ideas en boga.

Sólo hablamos aquí de los convencidos. Estos, creyendo practicar la perseverancia, se dejan arrastrar por grados hacia la pendiente que conduce a la idea fija primero, y a la obsesión después.

La obsesión debe temerse tanto más cuanto que, lo mismo que la obstinación, es el resultado de una perseverancia mal entendida.

Es muy peligrosa para el equilibrio moral, porque en su origen puede producir la ilusión de una virtud, y el hombre víctima de ella se hallará dispuesto a creerse persona de voluntad firme, constante en sus proyectos y apasionada de la perseverancia.

Este error conduce a los débiles a la obstinación primero, después a la idea fija y al fin, a la obsesión que su fragilidad mental les presenta como una cualidad digna de loa.

El remedio para este mal es la aplicación razonada de la perseverancia.

Sin violentar la obstinación, sin pretender que abandone inmediatamente el objeto de su culto, se dirigirán las ideas hacia algo realizable y cuyo término se encuentra próximo.

Será entonces factible romper la cadena de la obsesión, sugiriéndola un pensamiento, no total-

mente extraño, porque no le adoptaría, sino una idea accesoria, que con un poco de paciencia, se haga pasar rápidamente al estado de idea parásita.

El obstinado dejará hacer, sin demasiada resistencia, porque no creerá abandonar su idea fija.

Entonces es el momento de sustituir esas ideas, casi iguales aún a la primaria, con otros pensamientos que sirvan de corolario a los anteriores, y cuya tendencia se aleje insensiblemente del propósito primitivo.

Pero se cuidará de elegir ideas que no necesiten mucho tiempo para realizarse.

Esta es, no sólo una de las principales condiciones para la curación de la enfermedad, sino también un medio seguro de impedir su reaparición.

Sería perjudicial dar a entender al obstinado, poseído de su idea, que es preciso abandonarla. No sería tampoco conveniente pretender borrar en un día de su espíritu lo que ocupó allí durante tanto tiempo un lugar preponderante.

Aun admitiendo que consiguiéramos nuestro propósito, sólo lograríamos cambiar el objeto de la obsesión, sin llegar a destruir su principio.

El obstinado sigue en su manía, mientras no obtiene un resultado. En cuanto éste se produce, la crisis cesa.

Por tal motivo, conviene suscitar, en el espíritu de los obstinados, un deseo de realización cuyo término no se halle distante.

Si la idea que les domina es suficientemente vasta para no poder llevarle a cabo con rapidez, trataremos de dirigir sus esfuerzos a una serie de tentativas que entrañen en sí una completa realización, aunque dependan, sin embargo, de la idea principal.

Los obstinados, creerán de este modo seguir en su manía, y no opondrán resistencia alguna al que intente curarlos, llegando poco a poco su espíritu, satisfecho por esas terminaciones parciales, a adherirse menos profundamente a la idea, algo desviada necesariamente, gracias a los distintos intentos.

Lo más importante es no dejar comprender al hombre dominado por la obsesión, que se desea apartarle de su idea fija, porque entonces se negaría a abandonarla, apegándose a ella más aún.

Es necesario convencerle de que persigue siempre el mismo fin, siendo poco oportuno incitarle abiertamente a olvidarlo.

Si el tratamiento se dirige con habilidad, la idea fija irá perdiendo algo de su rigidez, y sin dejar de existir, irradiará sobre las ideas subordinadas, que, bien pronto, la llevarán insensiblemente a pensamientos divergentes.

Los pequeños resultados obtenidos concurrirán también a la difusión de la idea principal, y, al poco tiempo, la perseverancia extenderá sus hojas sobre el estéril tronco de la obstinación.

CAPITULO III

Peligros de la facilidad de entusiasmo.

Acabamos de probar, en el capítulo anterior, que los excesos son siempre temibles, aunque se trate del cultivo de una buena cualidad.

No debemos perder nunca de vista la línea que separa los sentimientos favorables al perfecto equilibrio moral de los que le son hostiles.

Cuando la franqueamos, se produce siempre una sobreexcitación que nos arrastra fuera de los límites asignados por la razón, para la buena armonía de los pensamientos y de las acciones.

El que no se detiene a tiempo en el camino del entusiasmo, no tarda en concebir ideas falsas, que contribuyen a privarle del poder que supone el dominio sobre sí mismo.

El juicio sale siempre mal parado en estas circunstancias, y las resoluciones tomadas en el ardor de un entusiasmo exagerado, tienen po-

cas probabilidades de duración, porque como no cuentan con ningún fundamento sólido, se derrumban en cuanto queremos llevarlas a la práctica, lo que no sería muy de sentir, si su desaparición no entrañase la de la efímera voluntad, que les dió origen.

Uno de los inconvenientes del entusiasmo exagerado, es producir infaliblemente la desilusión.

El que cae en ese defecto, adorna con tales colores el objeto que le preocupa, le reviste en su mente de tanta magnificencia, que, poco a poco, y bien contra su voluntad, llega a transformarlo por completo.

El entusiasta es siempre víctima de su imaginación. Cuando se complace en alabar las ventajas y méritos de lo que le apasiona, lo hace, sin duda, con sinceridad y convencimiento; pero olvida que los afeites de que reviste al motivo de sus preferencias, se deslucirán en seguida, y entonces él será el primero en sufrir por semejante decepción.

El entusiasmo no comprende que su apasionamiento y sus exageradas descripciones han ido embelleciendo y agrandando sucesivamente el objeto de sus afanes, y una vez parada la fiebre de la exaltación, tiene que reconocer la mezquindad de lo que había glorificado.

Esta desilusión, por lógica que sea, rara vez deja de producir un vivo desaliento.

Los desengaños frecuentes son resultado cierto de los entusiasmos prematuros.

En esta situación de espíritu, el lugar reservado al juicio es tan limitado, que ese gran regulador de las acciones queda vencido por una parcialidad, siempre desmentida, por los acontecimientos.

Los entusiastas obran, sobre todo, por intuición y por impulsividad. A semejanza de los obstinados, rechazan toda razón contraria a los proyectos que formaron en su arrebato febril.

El que les aconseja desinteresadamente pasa a ser su enemigo del momento. Verdad que, cuando llega la hora de la disolución, se vuelven hacia él deplorando su ceguedad y prometiendo ser más circunspectos en lo sucesivo.

Pero a la primera ocasión, tornan a apasionarse de otra idea o de otro objeto cuya bellaza y valor aumentan a placer.

La imaginación de los entusiastas es luminosa como el traje de un hada, pero tan sutil como esas fantásticas vestiduras.

En cuanto perciben la verdadera forma del objeto, sin los oropeles de que le habían ornado, le abandonan asombrados de haber podido apasionarse de una cosa tan poco atractiva, y esto

es el sepulcro de la perseverancia, porque los sujetos de entusiasmo son tan numerosos como efímeros y tan disparatados como contradictorios.

No hablamos aquí de los que afectan a lo que se llama esnabismo y que son tan variables como puede serlo la caprichosa deidad de la Moda.

Sólo aludimos a los impulsos exagerados, cuyo punto de partida es a veces muy noble, pero cuya amplificación produce cierto desorden cerebral, que se manifiesta por una exuberancia difícil de sostener.

Las hogueras cuya llama sube muy alta, no son las que más duran. El fuego oculto bajo la ceniza tiene resplandores menos vivos, pero arde mucho más tiempo después de que los últimos vestigios de las radiantes hogueras hayan desaparecido en el horizonte.

Uno de los principales inconvenientes del exagerado entusiasmo es romper la continuidad del esfuerzo. Cuando éste es considerable, no puede sostenerse mucho.

Así tal entusiasmo debe ser severamente reprimido. Es preciso temerle y dominarle, como se haría con un vicio cualquiera.

Los visionarios, a quienes gustan los espejismos, dejándose arrastrar por su fantasía lejos de las regiones donde reina la verdad, se hallan des-

tinados a decepciones peligrosas y funestas a veces.

Cuanto más poderosas hayan sido las alas que les condujeron a ese dominio encantado, más alto habrán subido y más mortal será su caída.

Pero este peligro no les amenaza a ellos solos. Si entre tales visionarios se encuentra un hombre cuya palabra pueda influir en las multitudes, ese hombre es una verdadera calamidad pública.

Muchos infelices han pagado con su vida la confianza que pusieron en esos entusiastas, sinceros casi siempre.

¡Cuántos de ellos partieron, con el corazón lleno de esperanzas, a descubrir los campos de oro, que luego se transformaron en campos de muerte!

¿Quiere esto decir que los hombres cuya palabra les arrastró a tales empresas fueron culpables de engaño? No; ellos eran los primeros convencidos.

Su imaginación, halagada por la idea de un éxito magnífico, iluminó su fe con resplandores falaces, cuyos reflejos, bajo la influencia de sus discursos, pasaron a iluminar también el alma de sus oyentes. Pero ellos sufrían, asimismo, el peligroso contagio del entusiasmo que suscitaban y su convicción era verdadera.

Si en nuestros días el obrero, mejor advertido,

escucha con menos credulidad esos relatos milagrosos, es aún con mucha frecuencia víctima de políticos que, amparados de una creencia elevada a una categoría de religión, le dejan entrever el resurgimiento de la edad de oro.

¡Cuánto mejor sería decir al obrero que el trabajo y la perseverancia son los medios únicos de alcanzar la fortuna, y que ésta no se niega jamás a los que la solicitan provistos de esas dos virtudes!

Obrando así se evitaría el abatimiento que producen siempre los desencantos, y se suprimiría también el desorden que, indefectiblemente, origina el trabajo poco constante.

Los que verdaderamente deseen el triunfo de la obra a que se consagran, deben guardarse, por consiguiente, de entusiasmos exagerados, y también del trabajo excesivo, porque el cansancio rinde siempre a los que no saben calcular con acierto la fatiga que pueden resistir.

Los grandes trabajos son producto de esfuerzos sostenidos y no de impulsos desiguales; por un trabajo moderado, pero regular e inteligente, es como los hombres célebres han pasado a la posteridad.

Nada es más de temer que el trabajo sin orden ni concierto, porque sirve casi siempre de preludio al ocio forzoso.

La fábula de la liebre y de la tortuga será verdadera en todos los tiempos; de nada sirve correr y ejecutar avances considerables, si después nos paramos en el camino, o si a cada impulso sigue un largo descanso.

Puede compararse a los entusiastas con la liebre del cuento. En cambio, la tortuga es el hombre perseverante que no piensa en batir *record* alguno, sino que prosigue su camino, sin ocuparse de otra cosa que del fin anhelado.

Es también muy perjudicial el trabajo a saltos. La labor dispersa y sin solución de continuidad, no puede dar nunca un resultado satisfactorio, alejándonos cada vez más de esa perseverancia que aparece al principio y al fin de todas las grandes empresas.

Un esfuerzo desigual, que se realiza febrilmente y se abandona después para repetirlo a poco, tiene que resentirse por fuerza de la situación de espíritu del que le ejecuta, y variará, seguramente, según las sugestiones del momento.

Toda obra, material o moral, exige una asimilación que sólo puede obtenerse por medio de la perseverancia, porque ésta no permite dar acogida a pensamientos extraños.

La preponderancia de la idea es indispensable para obtener un resultado feliz. Por esto debemos desconfiar de entusiasmos excesivos, que

después de mostrarnos nuestras empresas bajo un aspecto seductor, nos dejan inevitablemente desilusionados cuando las percibimos sin los falsos adornos de que las habíamos revestido.

Cuanto más nos hayamos elevado, más grave será la caída, y el tiempo que tardemos en reponernos de ella quedará perdido para la perseverancia, si no nos resolvemos a prescindir de ascensiones imposibles.

El entusiasmo es también enemigo acérrimo de la coordinación.

Cuando falta el espíritu de continuidad es imposible perseguir un fin sin cometer errores que retarden el cumplimiento de lo que deseamos.

La coordinación de las ideas o de las acciones es indispensable para llegar al término de toda empresa. Si cada una de las fases que ha de recorrer no está prevista y reglamentada de antemano, si el entusiasmo primero y el desaliento más tarde vienen a producir una perturbación molesta en el orden en que fueron concebidas, hay grandes probabilidades de que la obra se concluya en condiciones desastrosas, o de que no llegue nunca a concluirse, porque, ¿qué puede esperarse de un intento comenzado febrilmente y abandonado después por largo espacio?

No debemos olvidarnos tampoco de otro factor importante: *la oportunidad*, que representa un notable papel en la hora de la perseverancia.

Bueno es realizar un acto inteligente, pero es mucho mejor realizarlo en el momento oportuno.

La oportunidad duplica el valor de las cosas, y el entusiasmo es enemigo acérrimo de la oportunidad, porque procede siempre con inconstancia.

Para el entusiasta no hay término medio; o el trabajo exagerado, o el período de desaliento, durante el cual abandona toda labor y en nada encuentra gusto ni interés, hasta que otro ardiente impulso le lanza de nuevo a la empresa interrumpida.

Pero, ¿qué sucede entonces? Que el trabajo emprendido, abandonado y vuelto a emprender, no se presenta ya bajo el aspecto primitivo. El tiempo ha modificado mil detalles; lo que antes era una innovación, pertenece ya al dominio público, o bien las tendencias evolucionan y la obra antigua, para conservar probabilidades de éxito, tiene que ser cambiada de arriba abajo.

Pero no es sólo la obra quien se resiente de tales influencias, sino también el que la ejecuta.

Su actividad, movida por el entusiasmo, y anulada después por el desaliento, resulta des-

igual y poco coordinada; pero no es esto lo peor, sino que su alma sufre también el efecto de las diversas situaciones porque atraviesa, y la frescura de sus primeras impresiones unida a su ardor primitivo, va a perderse en las sombras del desaliento.

Sus ideas de antaño no fertilizadas por la perseverancia, se atrofian; duda de sí mismo y sus acciones se resienten de su falta de fe.

Si se decide a perseverar, tiene que llamar en su ayuda a una energía centuplicada, con relación a la que hubiera necesitado primero, y aunque alguna vez ocurra que, bajo el impulso de una resolución viril, llegue a recobrar el ambiente y las sensaciones de otro tiempo, es raro que alcance ya la plenitud de sus aspiraciones.

Eso sólo lo logran los espíritus moderados que, en vez de entusiasmarse desconsideradamente, todo lo sujetan a la razón, madre de la prudencia y de la mesura, que conducen a la perseverancia fecunda.

El entusiasmo exagerado es funesto aún por varias razones. Al originar tantos fracasos sucesivos, hiere terriblemente a la esperanza, ese bello resplandor que ilumina todas las empresas perseverantes.

El que espera, desespera, dice un antiguo proverbio, y a fuerza de ver convertirse lo que

juzgamos luz en una obscuridad definitiva, no se cree ya en la claridad.

Los entusiastas obstinados no quieren reconocer que encendiaron la lámpara demasiado pronto, sin tener en cuenta la calidad del aceite que debía alimentarla. Prefieren quejarse de su suerte adversa, y la esperanza, ese poderoso auxiliar de todo proyecto, queda aniquilada para siempre en el corazón de los que la llamaron de continuo, cuando sólo podía presentarse legítimamente como una quimera.

CAPÍTULO IV

La indecisión es funesta para la perseverancia.

La decisión es una virtud más rara de lo que se cree; son pocas las personas que saben practicarla convenientemente.

Pero no entendemos por decisión esas resoluciones bruscas, que caracterizan los espíritus superficiales y obstinados.

La decisión sólo es fecunda, cuando procede de la reflexión y del hábito de coordinar las ideas, cuya práctica permite discernir rápidamente las ventajas y posibilidades de un proyecto.

No puede basarse en cálculos hechos de antemano, porque, aunque saque sus deducciones de la experiencia, le es difícil atenerse exclusivamente a hechos anteriores, porque los acontecimientos no se producen nunca de la misma manera.

Las decisiones prontas deben, pues, inspirarse, sobre todo, en las circunstancias presentes, relacionándolas con los hechos pasados. Y la filosofía de estos mismos hechos, provocando la reflexión, será quien produzca las decisiones que no son, en realidad, más que un compuesto de observación y de iniciativa.

La facultad de recogerse en sí, es el punto de partida de la decisión juiciosa. Practicando el aislamiento moral, llegaremos rápidamente a tener en cuenta todos los detalles que rodearon circunstancias análogas a aquélla en que nos hallamos.

Este detenido estudio hará surgir ante nuestros ojos mil menudas observaciones que, reunidas, formarán pruebas convincentes que nos permitan formarnos una opinión.

Este punto es de capital importancia para los que deseen llamarse perseverantes.

Si omiten el recogimiento, no adquirirán la facultad de observar, y no podrán tomar decisiones con conocimiento de causa.

La reflexión y la concentración son luces que iluminan las obscuridades de la conciencia. ¿Cómo es posible adoptar resoluciones cuando nada viene a indicarnos hacia qué parte conviene volverse?

El que no sabe reflexionar se asemeja a un

viajero que tuviera que elegir su camino en la obscuridad de la noche. ¿No experimentaría grandes vacilaciones antes de arriesgarse a seguir una senda cuya dirección ignorara, y cuyos peligros no le fuera posible percibir?

Ignoran este tormento los que conocen el arte de refiexionar.

La costumbre adquirida de pesar el pro y el contra de cada cosa unida a la facilidad con que saben recogerse dentro de sí mismos, les lleva a darse rápida cuenta de los lados defectuosos, así como de las ventajas de las acciones que resuelven realizar.

Algunos instantes de meditación les bastan para reunir las razones que puedan invitarles a llevar a cabo un asunto, como asimismo las que tiendan a apartarles de su ejecución, y, de este modo sus decisiones, cualquiera que sean, no constituyen nunca para ellos un motivo de pesar, porque las establecen sobre cálculos ciertos, después de haber considerado todos los elementos favorables o perniciosos para la buena marcha del asunto.

Esta constante práctica de la reflexión, tiene también la ventaja de desenvolver en el espíritu del hombre que a ella se dedica la imparcialidad verdadera, tan necesaria a todo el que se propomga al tomar una resolución rápida, no en-

gañarse voluntariamente, porque son menos raras de lo que se podría creer las personas que gustan de disfrazarse a sí mismas la verdad para seguir sus inclinaciones con un pretexto que las disculpe.

Así nunca recomendaremos bastante la conveniencia de una sinceridad profunda en todas nuestras apreciaciones, aunque deba tal sinceridad herir nuestro amor propio, o prohibirnos una resolución que nos agrade.

Pero para convertirse en una virtud directora, no debe ser solamente la decisión rápida y bien establecida, sino, sobre todo, duradera.

Nada es más depresivo para la actividad, y nada nos perjudica tanto para la adquisición de la perseverancia, como perseguir cada día un objeto distinto. Los indecisos no conocen nunca la íntima satisfacción que acompaña a la realización de una empresa.

No tienen nunca la alegría de ver su obra acabada, porque antes de que llegue a la mitad, la habrán abandonado para comenzar otra.

La indecisión proviene a veces de una volubilidad de carácter que nos obliga a rechazar hoy lo que ayer juzgamos bueno. Es una tendencia al rápido hastío, mezclada con un insaciable deseo de algo mejor. Es también el lamentable prurito de ver, después de comenzada

una obra, el lado malo de ella y agrandarle considerablemente, sin advertir que la perfección no es de este mundo, y que los que la buscan tienen muchas probabilidades de no encontrarla jamás.

Pero los espíritus volubles, lejos de comprender esto, disculpan con su deseo de perfección absoluta la movilidad de sus ideas.

Es menos humillante decir: «No he encontrado lo bueno», que reconocer que hemos sido incapaces de descubrirlo.

Además, este perpetuo cambio sólo da a los indecisos un conocimiento imperfecto de cada asunto, porque no pueden profundizar en nada. Pero no se resignan a confesar su poco saber, y como han desflorado muchas cuestiones, se declaran desilusionados.

Hay dos clases de indecisión. En primer término, aquélla de que venimos hablando, y que es la característica de toda persona incapaz de terminar una empresa.

Estos tales, apenas principian a interesarse en un proyecto, cuando procuran descubrir sus inconvenientes a fin de encontrar un motivo para no proseguirle. Aceptan, además, con prontitud todos los consejos que puedan apartarles del camino emprendido, aunque esos consejos sean frívolos o poco imparciales y, al mismo

tiempo, se guardan de conceder a las opiniones favorables la importancia que tienen a veces.

En su afán de nuevas empresas, aprovechan apresuradamente toda ocasión de abandonar la labor presente para principiar otra distinta, y si la necesidad les obliga a no interrumpir la obra comenzada, efectúan este trabajo sin que su espíritu tome parte en él, porque se hallan abstraídos en la empresa futura que anhelan principiar y en la que descubren a diario nuevas ventajas.

Los indecisos de esta especie adoptan resoluciones relativamente rápidas, pero efímeras. Apenas formulan un deseo cuando se presenta otro, que es acogido por ellos con igual prontitud. Su conducta es, por lo común, una serie de contradicciones, que retratan fielmente lo fugitivo de sus ideas.

Así les vemos volver, a menudo, al punto de partida, y proseguir la labor que antes abandonaron para tornar a dejarla poco después, sin perjuicio de continuarla en otra ocasión.

Estas personas no disfrutarán nunca la inmensa satisfacción de que gozan aquéllos que consiguen ver su obra terminada.

La volubilidad de esta clase de indecisos se debe, sobre todo, a la ligereza conque adoptan sus decisiones. Como no prevén los inconvenien-

tes y carecen también de fuerza de voluntad, se quedan sorprendidos ante el primer obstáculo que se les presenta, sin hallar en sí suficientes energías para salvarle o buscarle remedio.

Es asimismo causa de esta clase de indecisión la cobardía que produce el esfuerzo necesario. A las primeras fatigas abandonamos la empresa, dispuestos a proseguirla después para desalentarnos bien pronto, y así se pasa la vida en intentos frustrados, debidos todos a la falta de perseverancia en nuestras decisiones.

Hay también otra especie de indecisos: los timoratos.

Estos, en vez de resolver a la ligera, buscan, con minuciosa escrupulosidad, todo cuanto puede servirles para asegurar sus proyectos. Pero este excesivo temor de las consecuencias, unido a una desconfianza de sí propio, que nada puede vencer, les impide adoptar las resoluciones exigidas por las circunstancias, y cuando se encuentran en la necesidad absoluta de obrar, lo hacen con una timidez que compromete, generalmente, el resultado de su empresa.

Esperan al último momento, y esbozan entonces la acción que deben realizar; pero rara vez la terminan, detenidos por escrúpulos imaginarios.

Si los indecisos de que hablamos primero

merecen censuras por su falta de previsión, los tímidos emplean, por el contrario, un lujo de precauciones que dificulta su propósito.

Aquéllos no quieren ver los inconvenientes de la idea que les seduce, y éstos sólo perciben el aspecto desagradable de las resoluciones que se ven obligados a adoptar.

Los espíritus ligeros se lanzan a una empresa, sin reflexionarla debidamente, y vuelven sobre sus pasos en cuanto se dan cuenta de la inseguridad del terreno que pisan.

Los tímidos o pueden resolverse a partir; en el instante de decidirse los inconvenientes, verdaderos no imaginarios, les cierran el camino el solo temor de que aparezcan ante ellos les incita a aplazar su determinación.

Los primeros quisieran comenzar la víspera el trabajo que debería empezarse al día siguiente. Los segundos esperan al día siguiente para ocuparse de la labor que hubieran debido hacer la víspera.

Esta última tendencia es un obstáculo invencible para adquirir la perseverancia.

Los pecados por omisión son a veces más graves que los pecados de hecho, y siempre más difíciles de reparar. Puede disminuirse la importancia de una acción lamentable, pero no es fácil hacerse perdonar el olvido y la indiferencia.

Semejantes aplazamientos son muy del agrado de los tiempos, porque su debilidad moral se acomoda con gusto a la inacción del momento.

Pero sería un error creerles satisfechos por haber podido aplazar decisiones inevitables. En cuanto suspenden la adopción de éstas, se ven acometidos por una preocupación de que no pueden librarse.

La idea de las resoluciones que tienen que tomar amarga su alegría presente, y el suplicio se prolonga con cada dilación.

Añadamos que, como durante ese tiempo siguen las cosas su curso, el acto que ha de realizarse resulta más penoso por las dificultades que el retraso suscita. Otras veces pierde su oportunidad, o, gracias a las continuas vacilaciones, deja el puesto a desdichas que debió precaver.

En ciertas enfermedades morales, a semejanza de las físicas, es preciso aplicar el bisturí. Las indecisiones que retardan la operación salvadora sólo sirven para comprometer irremediablemente la situación.

Por este motivo algunos enfermos, más gravemente atacados que otros, curan a fuerza de paciencia y de perseverancia en el tratamiento emprendido en tiempo oportuno y continuado, a pesar de los sufrimientos y molestias que pro-

ducía, mientras enfermos leves se extinguen, después de un largo martirio, que hubieran podido evitarse con un poco de decisión y constancia.

Los dolores morales tienen también a menudo su origen en esa inercia de la voluntad, que, aplazando las reformas exigidas por las circunstancias, deja implantarse la ruina allí donde una prudente decisión, sostenidac on perseverancia, hubiera traído las comodidades y la paz.

Son, por tanto, las decisiones prontas y seguras elementos indiscutibles de éxito, con tal de que se las sostenga con energía, y ya hemos dicho que, sin faltar a las reglas de la prudencia, es facil adoptar resoluciones rápidas y que lleven el sello de la sagacidad.

La reflexión primeramente, la deducción después, y, por fin, la experiencia, basada en las enseñanzas recogidas, nos ayudarán poderosamente a formarnos una opinión cierta, es decir, que tenga todas las probabilidades de serlo, porque la razón no es infalible, y sería bien prematuro el que se alabara de no equivocarse nunca.

Pero hay que reconocer que tiene menos peligro de errar el que observa cuidadosamente los hechos pasados y recoge las lecciones de la vida, de labios mismos de ese profesor sin igual que se llama la experiencia.

No obstante, todo esfuerzo sería inútil si no procuráramos llevar hasta el fin las resoluciones adoptadas.

Para ejercitarnos en resolver con prontitud, conviene probar nuestra sagacidad. Pensemos a este propósito en resoluciones imaginarias, cuyo resultado pueda, sin embargo, comprobarse, y procuremos elegir entre ellas del modo más rápido y acertado posible.

Tomaremos por asunto de esas resoluciones los pequeños incidentes de la vida común, imponiéndonos el deber de no adoptar decisión alguna a la ligera, sino con toda firmeza y conocimiento de causa.

En cuanto nos fijemos en una solución nos guardaremos bien de modificarla, aun cuando presente lados defectnosos. Esto podría servirnos, por el contrario, de lección práctica, probándonos la escasa reflexión con que nos decidimos a realizar semejante acto, y resolviéndonos a meditar más detenidamente en la ocasión próxima.

Dicha invariabilidad de acción debe alcazar lo mismo a los objetos intelectuales que a las resoluciones cotidianas, y de este modo, si emprendemos una obra, impongámonos la obligación de proseguirla hasta su completo término, cualquiera que sea su naturaleza.

Semejantes condiciones producirán especiales ventajas en la vida corriente.

Nada es tan desconcertante como las fantasías de los irresolutos. Apenas nos disponemos a intentar una cosa, cuando nos oblígan a separar de ella la atención para dirigirla sobre algo completamente distinto, y si protestamos con bastante fuerza para que no perseveren en su segundo proyecto, le abandonan llenos de pesar y no cesan de ponderarle contra toda verosimilitud, porque la imaginación de los indecisos reviste la idea abandonada de los más brillantes colores, al paso que la que se trata de adoptar se les presenta siempre llena de dificultades.

Así no gozan por completo de placer alguno.

Si salen, echan de menos las comodidades de su casa; si permanecen en ella, les parece el paseo lleno de atractivos y deploran la causa de lo que llaman su prisión.

La vida es para ellos una continua queja, porque apenas adoptan una resolución, cuando sufren por no poder obrar de modo contrario, y este terrible defecto ataca lo mismo a su vida intelectual que a su vida física.

Los indecisos no pueden resolverse a elegir una lectura determinada. En cuanto principian un libro echan de menos el que despreciaron an-

tes, y si vuelven a cogerle les agrada menos que el que acaban de dejar.

Esta es la forma pesimista de la indecisión; pero su forma optimista no es menos peligrosa.

En vez de no encontrar nada bueno en las cosas que poseen o en las resoluciones adoptadas, los indecisos optimistas lo ven todo de color de rosa; pero todo les parece bien, no se deciden por nada.

Dice un antiguo cuento que, colocado un pollino entre dos montones de cebada que le parecían igualmente sabrosos, murió de hambre por no poder resolverse a elegir entre los dos.

Los indecisos optimistas se asemejan a ese famoso cuadrúpedo. Nada les parece mal en los diferentes proyectos que elaboran; se obstinan en ver sólo sus lados buenos cuando se trata de decidir; pero vacilando entre unos y otros, dejan pasar a menudo la ocasión, y esta no suele volver a presentarse a los que ya una vez la despreciaron.

Es indispensable, por tanto, para la tranquilidad de la vida, ejercitarse en saber decidirse. Para esto aprovecharemos los sucesos de que seamos testigos y ellos nos darán un medio fácil de comprobación.

Conviene así aplicarse a resolver cuestiones difíciles relacionadas con las personas que nos

rodean, y el porvenir se encargará de decirnos bien pronto si acertamos o no en nuestras apreciaciones, porque sólo nos interesaremos en aquellos asuntos cuyo final no pueda escapársenos.

Debe prescindirse también de aquellas cuestiones cuyas principales circunstancias nos sean desconocidas, porque entonces podremos, a lo más, predecir, pero nunca precaver.

En cuanto los sucesos hayan demostrado la exactitud de nuestros juicios, no habrá ya causa alguna para dudar de nosotros mismos, y una resuelta decisión, nacida de sólidas razones, vendrá a servir de base a todos nuestros actos, cuyas consecuencias lógicas nos darán absoluta confianza en el triunfo.

Así perseguiremos sin desmayar el fin que nos propongamos obtener, y el éxito vendrá bien pronto a facilitarnos una labor comenzada con tanta inteligencia y energía.

SEGUNDA PARTE

CAPITULO PRIMERO

Cómo se llega a ser perseverante.

La perseverancia, como la moyoría de las virtudes que exigen un esfuerzo continuo, es rara vez un don natural.

Sin embargo, las condiciones de carácter, la fijeza de sentimientos y cierta inclinación a la paciencia y a la reflexión, disponen a algunas personas para practicar la perseverancia.

Pero no la emplearán con fruto si no saben prepararse a adquirirla racionalmente.

La conquista de la perseverancia exige dos clases de esfuerzos: el esfuerzo moral y el esfuerzo físico.

Nos ocuparemos del segundo en el capítulo

venidero; porque antes de prepararse físicamente para la conquista de la perseverancia, conviene adoptar el espíritu a las exigencias de la voluntad de la sangre fría, de la deducción y de todas las cualidades cuyo conjunto forma el pedestal sobre que se erige la perseverancia, hija de la esperanza y de la prudencia.

Uno de los principales enemigos de la perseverancia es esa necesidad de ilusión que atormenta a tantas personas. Hay pocas que sepan contentarse con el presente, sin mezclar a él aspiraciones que no tienen relación alguna con su situación actual. Dicen que abrigan ideales, y esto les basta para vivir siempre en regiones quiméricas, porque no comprenden bien el significado de la palabra ideal.

El ideal no es ese sueño de imposible realización que evocan de continuo algunos cerebros débiles, aunque sólo sea para calumniar la vida; no es el vago delirio en que se complacen espíritus de poca consistencia, llamados familiarmente soñadores, que gustan de abismarse en la comtemplación de una idea más o menos abstracta, cuyo fin es casi siempre nebuloso.

Tales personas llaman pomposamente a esta idea, mi ideal, y esto sirve de refugio a la apatía de su espíritu.

Es indispensable, sin duda, tener un ideal, pero

no un objeto indeciso o una aspiración quimérica, sino aquello de que habla Haroldo Manfield (1):

«El verdadero ideal—dice—, no es un fin definido que, una vez alcanzado, deja en calma el espíritu.

Es un impulso constante hacia un deseo que, prometiéndonos realidades tangibles, nos da el valor de perseverar. Es un continuo esfuerzo hacia *un todo*, cuyas realizaciones parciales nos producen satisfacción y alientos.»

Y más adelante le define así:

«Puede compararse el ideal con una cadena cuyos anillos, aunque formen cada uno por parte algo completo en sí, se unen al anillo anterior para formar un lazo duradero e interminable.»

Es, pues, el ideal la aspiración suprema hacia que se dirigen todos nuestros actos bajo la forma de empresas sucesivas, que han de contribuir a su realización, y no hay circunstancias, por modestas que sean, en que no pueda abrigarse un ideal.

El obrero ansía ser patrono, y lleva a cabo cada parte de su obra con este fin; pero, ¿desaparece su ideal en cuanto lo consigue? No; se modifica únicamente.

---

(1) *La sante du moral.* Edición Nilsson.

Una vez patrono, su ideal será distinguirse entre todos los de su clase. Y esta misma tendencia, a lo mejor, aunque se dirija a un fin único, puede satisfacerse por medio de victorias sucesivas, cada una de las cuales es un paso dado en dirección del término que nos proponemos.

Puede también el ideal, sin convertirse en quimera, aproximarse a lo fingido, en cuanto a la perfección que se desee conseguir.

Para ciertos artistas será la obra impecable a que tratarán de acercarse por medio de creaciones sucesivas, y para todos el fin, cuya nobleza, aunque por su gran perfección sea difícilmente accesible, servirá de refugio contra los desfallecimientos morales.

Los ensueños vagos son, pues, enemigos de la perseverancia, porque se alejan del motivo principal para substituir a él objetos y fines diferentes. Dificultan el progreso de aquella virtud dándole alimentos de naturaleza distinta y a veces contraria. Originan la volubilidad de ideas, arrastrando al espíritu a caminos diversos, y haciéndole adoptar y rechazar, alternativamente, resoluciones opuestas, habituando así al entendimiento a esa nutrición ficticia que engaña su hambre, sin llegar a calmarla, y ocultan, en fin, la realidad bajo apariencias engañosas, sembrando la desilusión, hermana gemela del desaliento.

Los ensueños vagos son también enemigos del pensamiento; son la cizaña que invade las plantas sanas y las ahoga bajo sus gérmenes infecundos.

Saber pensar es una de las primeras condiciones para adquirir la perseverancia, y así, dotar a los hombres de medios de pensar, es poner a su alcance el más poderoso de los instrumentos de conquista.

Gracias al pensamiento logramos sacar partido de las energías que duermen en nosotros; gracias a su predominio podemos domar la materia, y gracias a él, también, libertamos nuestras almas de la servidumbre de impulsos inútiles.

Pensando juiciosamente conseguiremos sacar de los acontecimientos las deducciones que entrañan, y este es el punto de partida de lo que se llama previsión.

No es dicha facultad esa adivinación cuyo poder oculto celebran algunas personas, y que atribuyen a motivos misteriosos.

La previsión es el arte de conjeturar, casi sobre seguro, basándose en observaciones serias, minuciosas y clarividentes.

Este es el secreto de muchos de los llamados adivinos, cuyos aciertos se deben a un profundo estudio de la cuestión que les ocupa. No falta

quien se asombra de la ciencia de tales videntes, sin comprender que sus predicciones no son más que previsión, y que adivinan tan sólo porque observan.

En efecto; ¿qué debe pensarse primeramente de una persona que viene a averiguar el porvenir? Que se halla descontenta del presente. Las personas felices quisieran detener la marcha del tiempo, y no se preocupan de su futuro, del que nada tienen que temer.

Este es el primer dato preciso. Pensemos después en lo que se pide a la suerte. La felicidad, sin duda alguna. ¿Y bajo qué formas?

Hay dos que compendian todas las demás: la fortuna, que comprende la gloria, el renombre y las riquezas, y el sentimiento, bajo distintas personificaciones.

Con un poco de observación y de experiencia se llegará rápidamente a saber si el que consulta pertenece a la clase de los ambiciosos o a la de los sentimentales.

La edad, la presencia o la falta de joyas, la naturaleza de las preguntas, el aspecto del personaje, son otras tantas indicaciones preciosas.

Si el tiempo es inclemente, un calzado sucio nos hablará de pobreza o de avaricia. Los trajes con brillo en los codos y en los puños, indicarán la presencia de un escribiente, y si estas

partes del vestido se hallan más nuevas que las demás, mostrarán claramente el uso de manguitos supletorios.

No queremos extendernos en sutilidades de observación que han vulgarizado algunas novelas policíacas; queremos probar simplemente que podemos ser, sin gran esfuerzo, previsores, sólo con adquirir la costumbre de analizar escrupulosamente las cosas.

Se atribuye a milagro el que las predicciones de los adivinos, fundadas en la observación, se realicen casi siempre, y los que hacen tales predicciones se guardan de desengañar a los tontos y crédulos, revelándoles el procedimiento seguido. Pero, si en vez de emplear semejantes aptitudes en el triunfo de la charlatanería, las aprovecháramos en favor de las realidades de la existencia, podríamos, la mayor parte de las veces, obtener verdaderos éxitos, porque sabríamos adivinarlos con nuestras deducciones.

Para ejercitarnos en la previsión, debemos emitir después de pacientes observaciones, algunos juicios de fácil comprobación.

Claro es que, un suceso inesperado, puede echar por tierra las previsiones mejor fundadas. Pero entonces es cuando debe entrar en juego la perseverancia para ayudarnos a vencer las dificultades nacidas de semejante acontecimien-

to, y darnos la paciencia y el vigor necesarios para combatirlas victoriosamente.

La perseverancia se compone tanto de acciones como de largas expectativas, y éstas últimas son a veces más penosas de soportar que los verdaderos reveses.

El que quiera ser perseverante debe, pues, evitar las impaciencias producidas por la inacción forzosa que originan los incidentes contrarios.

Hay casos, no obstante, en que conviene emplear como táctica una muda energía, pronta a manifestarse en cuanto sea preciso, pero bastante fuerte para saber disimular, y no mostrarse intempestivamente.

Para conseguir dominio sobre sí mismo, hay que cultivar la voluntad del siguiente modo:

Al principio nos ejercitaremos en reprimir los movimientos de impaciencia, producidos por retrasos o ausencias. Guardaremos después silencio en vez de protestar vivamente en las discusiones. Fijaremos más tarde un plazo, primero de algunos minutos; más prolongado después, y, durante este tiempo, contendremos todo cuanto delate nuestra nerviosidad. Y en fin, cuando llegue el momento de ejercitar la paciencia, lo haremos observándonos severamente y reprimiendo todo impulso que pudiera impedir su desarrollo.

Ya hemos dicho que, para adquirir la perseverancia, es indispensable tener fe en lo que se emprende. Y si nuestro propósito se basa en cálculos serios, si le hemos estudiado suficientemente, si hemos sabido sacar de circunstancias parecidas deducciones que nos permitan prever el triunfo deseado, si nos hallamos provistos de paciencia, y si, en una palabra, hemos seguido los consejos de la perseverancia, no podremos desconfiar de la obra emprendida.

Pretenden los filósofos que todas las posibilidades existen, desde el momento en que admitimos su existencia, y este pensamiento expresa mejor que otro alguno el valor de la confianza en sí mismo, en lo que respecta al éxito.

La idea del fracaso irá alejándose a medida que vaya arraigando en nuestro espíritu la firme convicción del triunfo. Empleemos a este propósito todos los medios posibles, y uno de los más eficaces será la seguridad que nos demos a nosotros mismos.

Como el poder evocador de las palabras es indiscutible, utilizaremos este procedimiento para fortificarnos en nuestras resoluciones.

Varias veces al día, en cuanto estemos solos, nos recogeremos durante algunos minutos, y después diremos en alta voz lo que sigue:

Este negocio saldrá bien, y cuando semejan-

te idea se halle suficientemente implantada en nuestro cerebro, añadiremos:

Porque es imposible que fracase.

Conviene que este ejercicio de persuasión se practique sobre todo por las mañanas, al despertar, sirviéndonos así de preparación para las luchas del día. De este modo se avivará nuestra confianza, y nos animaremos a perseguir el feliz término anhelado.

No es menos indispensable dormirse con la idea de triunfar. Así, antes de entregarse al sueño, será conveniente repetir la frase que se dijo por la mañana. Sus palabras afirmativas nos alentarán involuntariamente, dándonos las fuerzas necesarias para tomar al día siguiente resoluciones sólidas.

Hay que advertir que no hablamos más que de obras factibles que llenen todas las condiciones indicadas al comienzo de este capítulo, porque si se tratase de una empresa quimérica, las frases persuasivas sólo podrían tener consecuencias desagradables, puesto que contribuirían a aumentar el error.

«Todas las posibilidades existen, desde el momento en que admitimos su existencia»—dicen los filósofos—; pero no queremos creer que los que esto lean cometan la locura de ver posibilidades, donde sólo hay pensamientos quiméricos.

Así discurren los ilusos, los fracasados, los que esbozan proyectos sin consistencia y no tienen la energía de perseverar en un camino provechoso. Estos tales se burlan del éxito ajeno, le disminuyen, si no pueden negarle completamente, y consiguen, a veces, hacer dudar de sí mismos a los hombres de sano entendimiento.

Desdeñan los negocios útiles para no aplicarse más que a aquellas empresas que ellos declaran gloriosas, y hacen alarde de despreciar los éxitos provechosos para ocuparse solamente de trabajos estériles.

Pero el dinero bien ganado, no es nunca despreciable. Es siempre la sanción del verdadero mérito.

Ya no estamos en la época en que los hombres geniales morían en la cama de un hospital. Ahora, el talento, si no está siempre retribuído como merece, al menos no es nunca desdeñado.

Los inventores reciben billetes de Banco, en mayor o menor número, en premio de sus creaciones. Los artistas venden sus obras cuando agradan al público. Los músicos se hacen oir a cambio de dinero contante y sonante.

En fin, todos aquéllos cuyo mérito se aprecia, pueden vivir con holgura, de su talento o de sus habilidades.

Se dice que hay muchas personas dotadas de

méritos superiores, que, no obstante, permanecen ignoradas, mientras otras, que no valen lo que aquéllas, se enorgullecen de su gloria y de su fortuna. Pero, ¿por qué permanecen ignoradas?

Porque son modestas, se responde.

En este caso, nada decimos, puesto que la modestia no figura en el bagaje de los que desean salir victoriosos.

El que está penetrado del sentimiento de su propio valer, no se desanima nunca. Los que obran así son los timoratos, incapaces de tomar resoluciones serias, ni de realizar actos decisivos. Y si la fe les falta, si desconfían de su saber, ¿cómo hemos de confiar en él nosotros?

Si dudan de su propio mérito, que debe serles conocido, ¿por qué se quejan de nosotros cuando les imitamos?

Si existe algún mal contagioso, es, seguramente, la desconfianza. Además, recordemos que se duda fácilmente de la capacidad ajena.

Y si no se cree por entero al que habla con seguridad de sus conocimientos y de sus habilidades, porque sabido es que todos nos juzgamos con benevolencia excesiva, ¿cómo fiarse del que no disimula la poca estimación en que tiene su propio talento?

Ante una humildad exagerada, pensamos siempre en la nulidad completa.

Verdad es que, a veces, toma la ambición los caracteres de la modestia, para no asustar a nadie.

Le impide subir a un hombre cuya superioridad declarada puede considerarse como un peligro; pero se deja pasar, sin temor alguno, al que por su poco relieve no parece poder llegar a ser nunca un competidor.

Así han logrado su suerte varias personas. Y no sólo se les dejó alcanzar la fortuna, sino que, a veces, encontraron entre los aduladores que tuvieron después de su triunfo, hombres que antes contribuyeron a su elevación, esperando dificultar así el camino a un rival peligroso.

Nuestra historia contemporánea cuenta de esta manera con algunos hombres notables que, a semejanza de Bruto, disimularon sus ambiciones, hasta el momento en que pudieron manifestarlas, levantando entonces la cabeza y mostrando de lo que eran capaces.

Estos individuos pertenecen también a la especie de los perseverantes. Pero, ¿son dignos de censura o de imitación? Mientras no se valgan de medios reprochables, merece respecto su conducta, porque de tales hombres puede decirse que *son una fuerza.*

Indicaremos aún otros principios necesarios para adquirir la perseverancia.

Es un ejercicio excelente habituarse a examinar los procedimientos de que hay que servirse para poner en obra, con algunas probabilidades de éxito, un asunto cualquiera:

Ocupándonos primeramente de asuntos que no nos interesen, pero que nos sean familiares, podremos desarrollar sin riesgo nuestro espíritu analítico, y bien pronto recibiremos las sabias lecciones de la experiencia.

Nos sugieren otra recomendación aquéllas palabras que decía a sus discípulos un filósofo latino:

«No dejéis pasar un día sin realizar alguna obra, por secundaria que sea.»

Nunca insistiremos bastante en que la perseverancia se compone, sobre todo, de esfuerzos sucesivos; es una serie de impulsos que, considerados aisladamente, no tienen poder alguno, pero que, repetidos varias veces por día, adquieren una fuerza que nunca alcanzarán las acciones fogosas.

¿Qué viajero que haya visitado la iglesia de San Pedro, en Roma, no se habrá visto obligado a reflexionar sobre la perseverancia, al ver la gigantesca estatua de bronce del Apóstol, desgastada en el pulgar del pie derecho por los labios de los fieles?

Gracias al poder de la repetición, los la-

bios hacen en este caso el mismo oficio que la lima.

Pero la voluntad puede sufrir choques, y sería irrisorio creer que, de primera intención, vamos a esperar firmemente lograr el fin que nos hemos propuesto, sin que ningún desfallecimiento interrumpa la constancia moral o física del aprendiz de perseverante.

La perfección se consigue pocas veces, y los que, desde un principio, pretenden perseguir, sin debilidad alguna, la realización de sus proyectos, no son más que presuntuosos, que inciensan a la vanidad y desatienden los bellos impulsos del noble orgullo.

Tales personas no podrán llamarse nunca, con justicia, perseverantes. Para llegar a serlo, es preciso que se conozcan mejor; que comprendan sus faltas y no exageren sus virtudes, y, una vez reconocidas unas y otras, que se preparen a combatir sus defectos, y a conquistar las cualidades de que carezcan.

Sólo entonces podrán exclamar, llenos de la satisfacción que inspira el deber cumplido:

«He hecho todo cuanto de mí dependía para llevar a cabo felizmente mi empresa. *Saldrá bien*, sin duda alguna, porque *quiero* creerlo así, y porque *es imposible que fracase.*»

CAPITULO II

Ejercicios prácticos para adquirir la perseverancia.

Dice un proverbio árabe que «la subida de una montaña se compone de multitud de esfuerzos, cada uno de los cuales se halla representado por la acción de adelantar un pie algunos centímetros más allá del que acaba de posarse en tierra».

Esto significa, en el lenguaje simbólico de los orientales, que todo resultado se obtiene gracias a una serie de impulsos destinados a su consecución.

Seguramente nos causaría risa el que intentara saltar desde la falda hasta la cima de un monte; pero alentaríamos al que, apoyado en un bastón, hiciera poco a poco ese viaje.

El proverbio antes citado es a la vez que un

estímulo a la perseverancia, la condenación de las acciones aisladas, aunque sean gigantescas.

Pero no basta la multiplicidad, hay que añadir a ella la regularidad.

El escritor que produzca una página diaria, habrá trabajado, al cabo de algún tiempo, más que otro hombre que escriba todo el día durante varias semanas, e interrumpa luego su obra por espacio de largos meses.

Pero no todos pueden ser constantes en la labor cotidiana. Mil sucesos, alegres o tristes, vienen a apartarnos del trabajo diario, y a sustituirse a la obra emprendida.

Abandonamos entonces ésta con la intención de continuarla después; pero, solicitados por otras preocupaciones, cuando queremos proseguirla, nuestra situación de espíritu no es ya la misma que el día en que la comenzamos. Además, ha pasado también la oportunidad de la obra, y así nos desentendemos de ella en absoluto, o la continuamos sin afán ni convencimiento.

Este es uno de los convencimientos de no educar la perseverancia. Pocas son las personas que llevan en sí gérmenes de paciencia y de regularidad; pero todos pueden adquirir esas cualidades practicando los ejercicios que vamos a describir:

Primer ejercicio.—Contar con lentitud has-

ta 120, observando en un reloj el tiempo transcurrido, que no debe exceder, al principio, de dos minutos.

Si se llega a la cifra 120 antes de que la aguja señale el segundo minuto, se empezará de nuevo, distanciando los números, para que la cantidad indicada se cuente con toda regularidad, dentro del plazo señalado.

En cuanto se logre, sin esfuerzo, el resultado apetecido, se contará hasta 240 durante cuatro minutos, y después hasta 480.

Algunas personas llegan a la cifra 290, es decir consiguen, durante doce minutos, abstraer su espíritu en la sola idea de pronunciar dicho número cuando la manecilla del reloj se pose sobre el minuto duodécimo.

Los que logren ejecutar fácilmente este ejercicio, llegarán a ser perseverantes.

Segundo ejercicio.—Cójase una pelota de hilo sólido, y después de desenrrollarla por completo, revuélvase concienzudamente el hilo en todos sentidos.

Los primeros días se trabajará sólo algunos minutos. Sería imprudente emplear más de cinco en los comienzos de la prueba, porque hay que contar con el estado nervioso, que no puede dejar de producirse, y que un esfuerzo prolongado excesivamente contribuiría a desarrollar.

El ejercicio consistirá pues, en dedicarse durante cinco minutos a desenredar la madeja que antes hicimos.

Al día siguiente continuaremos esta labor, cuidando de no romper nunca el hilo, que como ya indicamos, debe elegirse sólido, aunque no muy grueso.

Al cabo de una semana, se prolongará el trabajo algunos minutos más, y a los quince días consagraremos un cuarto de hora a nuestra empresa. No necesitamos insistir en que el hilo debe ser enredado concienzudamente, y en que si llegásemos a desenredarle antes del tiempo fijado para la duración del ejercicio, deberíamos después de haberle arrollado, extenderle y enredarle de nuevo.

Tercer ejercicio.—Se pondrán en una vasija, al principio, granos de café, que se contarán cinco veces seguidas, escribiendo la primera vez el total, para asegurarnos de que contamos siempre los mismos.

Después de algunos días, reemplazaremos los granos de café por granos de arroz, que contaremos del mismo modo.

En el caso de que en algún recuento se obtuviera una cifra diferente de las demás, habría que repetir la operación, considerando como no efectuadas las experiencias anteriores.

A la menor señal de impaciencia conviene detenerse, andar con rapidez doscientos o trescientos pasos, y volver en seguida a la obra, que habrá que comenzar otra vez desde le principio.

Cuarto ejercicio.—Este, a la vez que constituye una excelente lección de perseverancia, es de mucha utilidad para los que toquen cualquier instrumento músico, porque les ayudará a adquirir flexibilidad en los dedos.

Y aun para los que no se hallen en este caso, ofrecerá también indudables ventajas, aparte de las que principalmente se buscan, puesto que al hacer más ágiles los dedos, destruye su torpeza nativa, y aumenta la facilidad de los movimientos de la mano.

Se trata de extender ésta sobre una superficie plana, sobre una mesa, por ejemplo, y después doblar y extender cuatro o cinco veces cada falange, cuidando de que este movimiento no produzca otro similar del dedo contiguo.

Cuando se logre este resultado se aumentará el número de movimientos, que podrán prolongarse hasta veinte veces seguidas.

Todo debe hacerse sin precipitación, y con la mayor regularidad posible.

Quinto ejercicio.—Pondremos ante nosotros dos vasos de la misma capacidad, uno lleno de agua, y otro vacío, y con ayuda de una cuchari-

lla haremos pasar el agua de un vaso a otro, procurando no derramar ni una gota, y proceder con lentitud y absoluta regularidad y paciencia.

Sexto ejercicio.—Después de consultar el vigor de nuestros músculos, nos propondremos levantar pesos superiores a los que podamos resistir en el momento en que principien los ejercicios.

Comenzaremos primeramente por pesos fáciles de manejar, y trabajaremos con ellos durante varios días, hasta conseguir levantarlos sin esfuerzo.

Obtenido este resultado, añadiremos un gramo al peso anterior, manteniéndole así durante dos días. Al cabo de este tiempo volverá a añadirse otro gramo, y se continuará de igual modo hasta que la fatiga se haga sentir.

Entonces nos contentaremos con levantar diariamente el peso obtenido, guardándonos bien de introducir en él cambio alguno, por ligero que sea, y sólo después de varios días, cuando el esfuerzo resulte soportable, trataremos de aumentar el peso ordinario.

Puede utilizarse también este ejercicio para obtener la agilidad y resistencia deseadas en cualquiera otra clase de *sport*.

Tonificando los esfuerzos físicos, es como se

consigue únicamente producir aquel de quien se espera el resultado definitivo.

Observaciones generales.

Antes de comenzar los ejercicios expresados, es conveniente prepararse a ellos con algunas aspiraciones profundas.

Para realizarlo, nos pondremos en pie, con el pecho sacado y arqueada la cintura; llenaremos de aire nuestros pulmones y le expeleremos después con la mayor lentitud posible.

Este ejercicio tiene por objeto producir la calma, asegurando el buen funcionamiento del aparato respiratorio, y regularizando la circulación.

Ya sabemos que la calma es una de las principales condiciones para llegar a ser perseverantes.

Otro punto de gran importancia es no exceder nunca la medida de nuestras fuerzas. El desaliento es enemigo de la perseverancia, y esto se explica naturalmente, porque los esfuerzos que preceden al instante en que resulta imposible continuarlos, producen siempre una fatiga, cuyo inconveniente menor es mostrarnos el fin perseguido bajo desagradables colores.

Así el recuerdo de la molestia experimentada

va irremediablemente unido al del esfuerzo futuro, retardando su ejecución hasta el momento en que encontramos un pretexto plausible para renunciar a él definitivamente.

Es indispensable, además, que, durante la realización de esos ejercicios, fijemos el pensamiento, no permitiéndole desviación alguna.

Por este motivo, debemos elegir, en los comienzos, empresas de realización inmediata, para conservar fácilmente el dominio sobre nuestras ideas, y, si a pesar de todos los esfuerzos cayéramos en la distracción, sería preciso tomar con toda energía el espíritu al pensamiento primitivo, y redoblar nuestra atención para mantenerle en él.

Haremos aún otra advertencia muy interesante.

Es funesto para la conquista de la perseverancia, emprender un trabajo teniendo todavía otro sin terminar.

No hablamos aquí de los diversos quehaceres que se ejecutan por precisión, y que, lejos de causar perjuicio, concurren, por el contrario, al perfeccionamiento de la obra emprendida. Nos referimos tan sólo a aquellas ocupaciones cuyo comienzo reclama, forzosamente, la interrupción de otras similares.

Es imposible abandonar ciertos trabajos, para

principiar otros del mismo género, sin dividir nuestras energías, esto es, sin comportarnos como aquel hombre de que habla una antigua fábula.

Debía ese hombre ir a reunirse con su prometida. Emprendió el viaje, pero pareciéndole monótono el camino recto, le abandonó para seguir una senda, que fué a su vez dejada bien pronto para dirigirse a otra.

Complicóse el camino hasta el punto de perder el hombre de vista su primer propósito, y errando de ciudad en ciudad, durante largos años, pasó mucho tiempo antes de que recordara el fin que antes se propuso.

Quiso entonces volver a perseguirle, pero como el camino primero se hallaba a gran distancia, tuvo que volver sobre sus pasos y encontró todavía otros motivos de distracción, llegando al fin al término de su viaje, cuando su vida estaba ya muy avanzada.

Su antigua prometida, cansada de esperar, había elegido otro esposo, y así hallóse nuestro hombre sólo, pobre y aislado, ante una anciana que no pudo recibirle en un hogar que hubiera debido ser el suyo.

Los que no perseveran en una sola idea, dirigida a un fin único, son semejantes a aquel hombre. El trabajo disperso no da goce ni fruto alguno.

La labor cotidiana, para ser verdadera, debe

añadirse a la de los días anteriores, que viene a reforzarla y a darle amplitud.

Las leyes de la velocidad adquirida se fundan en este mismo razonamiento. Una máquina no se pone en marcha instantáneamente.

La serie de sus movimientos no se produce con la rapidez y regularidad queridas, más que cuando los movimientos anteriores han venido a acelerar el del minuto presente. Su fuerza de impulsión es sólo el resultado de pasados esfuerzos unidos al del momento actual, y no alcanza todo su poder más que cuando nada dificulta su regularidad y precisión. Si la máquina se detiene un sólo instante, el desorden pasajero que esto ocasiona anula aquélla fuerza en proporciones considerables.

Debemos recordar siempre esta comparación en nuestros estudios para adquirir la perseverancia.

Conviene que seamos activos; pero hemos de obrar con juicio y discernimiento, y tener presente que, sin constancia y regularidad, ninguna organización, por perfecta que sea, dará los resultados satisfactorios que de ella se esperen.

Recordemos también que es preciso ajustarse a estos preceptos para realizar escrupulosamente los ejercicios que recomendamos en el presente capítulo.

CAPITULO III

La perseverancia y la vida cotidiana.

Esa capitalización de la energía que llamamos perseverancia, puede aplicarse, no sólo a los actos decisivos de la existencia, sino también a las ocupaciones menudas, que constituyen los deberes y los goces de la vida ordinaria.

El esfuerzo continuo no ha de tender solamente a la realización de grandes empresas; para producir abundantes frutos, debe alcanzar asimismo los actos cotidianos.

La perseverancia relativa a la vida ordinaria puede dividirse en dos clases, muy diferentes entre sí:

La perseverancia obligada y desagradable, y la perseverancia voluntaria y reflexiva.

La primera es un estado impuesto y aceptado de mala gana. La segunda es un estado elegido por nosotros.

Esta última camina hacia la luz, coronada de rayos de esperanza. La otra se arrastra en la penumbra, claudicando y gruñendo. A veces se resigna y vegeta obscuramente; pero aunque deje de lamentarse, no entona ningún cántico risueño; es gris y neutra: es la rutina.

Hablaremos, ante todo, de la primera; de la que irradia, sobre todas las cosas, la luz de que está rodeada.

A su contacto, los objetos más toscos toman lindos colores, y cuantos la conocen y practican sus preceptos sienten nacer la alegría en su corazón.

Es el himno a la esperanza, el que suscita en los que sufren la fe en un mañana mejor, como recompensa de los trabajos de la víspera.

Por esa hermosa perseverancia todo se ilumina y simplifica. El convencimiento que la acompaña siempre aviva las energías vacilantes y la confianza en el porvenir; debida a sus cuidados, hace menos áridos los esfuerzos que a él nos conducen.

Además, como los constantes progresos en el camino por donde ella nos lleva nos ofrecen el fin deseado, cada vez más próximo y tangible, desarrollan en nosotros la fuerza necesaria para renovar las tentativas que han de ayudarnos a alcanzarle.

Se preguntará que cómo puede existir otra especie de perseverancia.

Todos los que se ven obligados a vivir de un trabajo obscuro, han sufrido su imperio, aunque sólo haya sido por un instante.

Todos han experimentado antipatía hacia la costumbre mezquina y obligada, así como hacia la labor vulgar.

Pero los verdaderos perseverantes sacuden estas ideas malsanas, y en vez de ir al trabajo con la triste resignación del buey, que recorre siempre un mismo surco, tratan de encontrar el lado interesante de sus ocupaciones para aplicarse a él particularmente, y conocen así que toda labor, por humilde que sea, encierra su belleza propia y merece ser considerada de otro modo que como un castigo impuesto por la suerte.

Por ingrata que sea una ocupación, resulta agradable para el que se consagra enteramente a ella con el propósito de perfeccionarse en su desempeño y de sacar de aquí una utilidad cualquiera.

¿Hay algo más soporífero que sentarse todas las mañanas ante la misma mesa y pasarse el día alineando números? Pues muchas personas encuentran el medio de dar atractivo a esta labor anónima, trabajando lo mejor que pueden y esforzándose en ver, tras la satisfacción del de-

ber cumplido, la recompensa bajo forma de un porvenir tranquilo.

¡Cuántas alegres casitas, rodeadas de frescos jardines, desfilan ante los ojos de los empleados, escribientes y tenedores de libros durante sus largas horas de trabajo!

Y al comprender que esas cifras vulgares son el medio de conquistar un día el Edén soñado, continúan valerosamente sus sumas y restas, después de saludar con una sonrisa la prometedora visión que anhelan a fuerza de perseverancia, en realidad venturosa.

Los que no saben practicar aquella virtud, aunque parezcan perseverantes por la continuidad de sus esfuerzos, como carecen de actividad y de energía, sólo encuentran cansancio y amargura en la labor diaria.

Sus goces son escasos, porque nada hacen para obtenerlos, y así viven siempre agriados y tristes.

Si pueden acortar su obligada tarea, se apresuran a ello, y si tienen que cumplirla enteramente, lo hacen sin gusto, sin iniciativa y sin deseo de perfección, permaneciendo así confundidos siempre entre los demás, sin realizar nunca la acción, o, más bien, la serie de acciones que les permitan destacarse de la multitud.

Hay también otra especie de personas ape-

gadas a una perseverancia de mala ley, que se llama la rutina. Estas dejan correr los días, volviendo a hacer hoy lo mismo que hicieron ayer, y trabajando sin entusiasmo, aunque no admitiendo que les sea posible obrar de otro modo.

Su vida entera es una protesta contra toda mejora, que temen lo mismo que un desastre, porque odian el menor cambio en sus costumbres.

No quiere esto decir que se hallen contentas con su suerte; por el contrario, la declaran poco envidiable; pero se guardan bien de dar el más pequeño paso para mejorar de fortuna.

Hemos hablado hasta aquí de todos los que practican la perseverancia, o, al menos, de todos los que creen practicarla en grados diferentes y desde puntos de vista completamente opuestos.

Pero aún hay otra clase de hombres a quienes es preciso compadecer más que a los rutinarios o a los que perseveran contra su voluntad, y son los débiles, que no encuentran en sí valor suficiente para realizar una serie de esfuerzos, por cualquier motivo que sea.

Tales personas, son víctimas designadas por la desgracia, que no lograrán nunca impedir, porque, aunque sus condiciones de fortuna les permitan la inacción, arrastrarán una existencia

sembrada de contrariedades, puesto que nada se adquiere sin trabajo, ni aun los cosas que se compran con dinero.

Su voluntad oscilante no dejará sitio a ninguna satisfacción verdadera, y abandonarán todos sus proyectos en el momento mismo de concebirlos, asustados por las dificultades de su realización.

Debemos convencernos de que no hay placer sin trabajo, y de que hasta las distracciones exigen un esfuerzo constante.

Los viajes no resultan divertidos más que cuando se les prepara con el suficiente cuidado para evitar las mil complicaciones que, en contra de nuestros deseos, nos obligan a modificar el itinerario o a cambiar las horas.

Las artes exigen una cultura que no se obtiene sin gran estudio.

La adquisición de una fortuna implica un trabajo incesante.

En fin, hasta las distracciones más corrientes, como el baile o las diversas clases de *sports*, requieren una serie de esfuerzos preparatorios para perfeccionarnos en tales ejercicios, que nos fatigarían inútilmente si no supiéramos ejecutarlos bien.

La perseverancia es, por consiguiente, la virtud directora de la vida ordinaria. Y a ella tam-

bién debemos el poder adquirir o conservar nuestra fortuna mediante la economía.

Todo el mundo conoce la conveniencia del ahorro. Pues sin la perseverancia es imposible practicar esa virtud, y decimos que es imposible, porque las economías no se forman con gruesas sumas.

Rara vez se economizan billetes de mil francos; pero veinte veces al día tenemos ocasión de gastar monedas de poco valor en sí; pero que, unidas a otras muchas de valor igual, pueden constituir respetables cantidades.

«La mejor economía—dice J. B. Withson (1)—, no es la de las grandes sumas. Las ocasiones de gastar billetes de Banco son relativamente raras, mientras encontramos cien veces al día motivos para desprendernos de pequeñas monedas, que, consideradas aisladamente, resultan insignificantes; pero que, al llegar la noche, forman un total que, multiplicado por 365, representa, a fin de año, una respetable suma.»

Y J. B. Withson añade juiciosamente:

«Si fuésemos sinceros con nosotros mismos, y comparásemos el escaso placer que nos producen esos pequeños gastos con la importancia del

(1) *Comment on fait fortune*. Edición Nelson.

total que representa su suma, reconoceríamos el poco caso que hacemos de nuestro dinero.»

Son infinitos los cálculos asombrosos, y, sin embargo, reales, que se han hecho respecto de la cuestión del céntimo economizado todos los días y guardado cuidadosamente.

Debemos aprender a mirar en torno nuestro, y persuadirnos de que las personas que tienen una sabia economía, llegan a proporcionarse, dentro de recursos limitados, mayores comodidades que algunos pródigos, infinitamente más favorecidos por la fortuna.

Y sin la perseverancia no hay economía posible; sin ella, el fin perseguido quedará siempre velado por la tiranía de la satisfacción momentánea y cuando reaparezca nuevamente, advertiremos con aflicción que se ha alejado aún más de nosotros, y que nuestros esfuerzos anteriores han sido casi anulados por nuestra ligereza.

La perseverancia es también un manantial perenne de alegría para los que saben sentir la emulación que el éxito lleva consigo.

El éxito va rara vez sólo. Es casi siempre el producto de múltiples realizaciones, que contribuyen todas al resultado final.

Así, el que comprende el valor de cada una de esas realizaciones, experimenta verdadero placer al llevarlas a cabo, a semejanza del artífice

que, enamorado de su obra, cincela con amor los eslabones que han de formar más tarde una espléndida cadena.

Tales eslabones, considerados separadamente, representan bien poco en sí; sólo resultan valiosos por su número y por su reunión.

Las magníficas colecciones que admiramos todos los días, no se han formado de otra suerte; sería cándido pretender reunir de un golpe una colección. Esto sólo se logra a fuerza de pacientes y minuciosas investigaciones.

¡Pero qué alegría cuando se encuentra un ejemplar raro, y cuando vemos aumentar nuestra riqueza artística!

Apresurámonos a añadir que, en estas ocasiones, no es sólo el arte el que entra en juego, sino que la fortuna viene también a menudo a recompensar la pacienoia y constancia del coleccinista.

Otra condición de la perseverancia, es el conocimiento del valor del tiempo.

El hombre verdaderamente perseverante, que se dedica a una obra y dirige a ella todos sus pensamientos y acciones, vive más intensamente que el que pasa su existencia en inútiles y variadas tentativas.

Esto se explica muy sencillamente: No cabe duda de que los instantes consagrados a un es-

fuerzo breve y que conduce a un fracaso inevitable, pueden ser considerados como otros tantos minutos perdidos de la existencia.

El tiempo durante el cual se ha vivido sólo para alcanzar un fin abandonado en seguida, puede clasificarse sin disputa entre las horas muertas, o por mejor decir, entre las horas no vividas.

Compadezcamos a aquéllos en cuya existencia figuran muchos de esos momentos. Tales hombres tienen casi siempre un carácter duro y atrabiliario, y su disgusto propio se traduce en una intransigencia que les hace temibles a los suyos.

Las personas dotadas de verdadera perseverancia, no conocen esas tristezas. Con pleno dominio de sus propósitos, satisfechos de los resultados parciales que le dan derecho a creer en el éxito futuro, caminan por la vida recogiendo flores a su paso, sin que les amedranten las contrariedades, y repitiendo todas las veces precisas las acciones que han de llevarles a la victoria completa.

¿Quiere decir esto que el hombre perseverante no comete nunca errores? Sería pueril semejante afirmación. Pero sus mismos errores son provechosos para él, porque comprendiendo las faltas a que debe el mal resultado de sus accio-

nes, lejos de desalentarse y de abandonar sus proyectos, aprovecha la lección para introducir en sus planes las modificaciones sugeridas por la experiencia anterior, y se encamina así, lentamente quizás, pero, sobre seguro, hacia los fines que ambiciona.

La perseverancia es, sobre todo, una virtud doméstica. Rara vez se manifiesta en acciones brillantes, ¿que son siempre rasgos impulsivos. Pero, no hay tanto valor en entablar la lucha contra las fuerzas hostiles ocultas en las cosas vulgares y de todos los días, como en guerrear contra un enemigo visible y leal?

El heroísmo obscuro no es e lmenos meritorio, y la abnegación que se manifiesta con la certidumbre de pasar inadvertida, supone un temple de alma que no conocerán nunca muchos rayos de la guerra.

Digamos, por último, cuánto importa la perseverancia para la armonía doméstica.

Esa hermosa virtud une todos los espíritus y todos los corazones en un pensamiento común, más eficazmente de lo que pueden hacerlo los lazos de la sangre, y los reviste poco a poco de aquellas dotes de bondad y de fortaleza de alma que constituyen la base de toda asociación doméstica e intelectual.

La constancia de espíritu que poseen siempre

los perseverantes, les lleva también a sacar provecho de todas las cosas relacionadas con la idea que les preocupa, descubriendo, además, entre dicha idea, y mil detalles insignificantes para muchos otros, afinidades que les sirven de punto de partida para felices desenvolvimientos.

Sólo se necesita para esto saber observar, y reducir en seguida las propias observaciones al asunto que, por el momento, cautiva toda nuestra atención.

La vida cotidiana, con sus variados incidentes, sus alegrías, sus cuidados y sus deberes, es una mina preciosa, que todos pueden explotar con la certidumbre de encontrar siempre algo interesante.

Los cataclismos se producen rara vez, los hombres geniales surgen con poca frecuencia, y así tampoco debemos esperar, para la adopción de nuestras resoluciones, acontecimientos capitales, o que nos visite la inspiración.

En la vida ordinaria, se reemplazan fácilmente tales cosas por la observación detenida de los hechos, que procuraremos referir, en lo posible, al asunto que nos preocupa. El menor incidente que venga a prestarle un elemento más, le da una nueva fuerza y mayores probabilidades de vida y de realización.

Tanto las mansiones suntuosas como las hu-

mildes moradas, hay que construirlas poniendo piedra sobre piedra. De igual modo el propósito de todo hombre que quiera adquirir la perseverancia, debe ser no dejar pasar un día sin llevar una piedra al edificio proyectado, y así le veremos elevarse bien pronto, sólido y duradero, por en cima de las derruídas construcciones de la frivolidad, de la pereza y del aturdimiento.

CAPÍTULO IV

La orientación y la perseverancia.

Hay que confesar que son raras las verdaderas vocaciones, y que el que trata de fijar el objeto de su vida, se asemeja a menudo al caminante que, en presencia de una encrucijada, quiere adivinar, sin medio alguno para ello, la senda que debe seguir.

Es indispensable establecer, ante todo, este principio: no hay estado ni profesión alguna que no ofrezca ventajas e inconvenientes. Se trata sólo de saber discenirlos, y, hecho ésto, de pesarlos con absoluta y sincera imparcialidad.

Muchos jóvenes se dejan llevar de su primera idea, sin profundizarla ni analizarla. Prefieren ver tan sólo el lado brillante de la profesión que eligen, reservando para después el estudio de sus dificultades, y si alguien les habla de ellas, no le conceden crédito, contentándose con encogerse

de hombros y con replicar que todo tiene sus obstáculos.

Una vez en la senda escogida, tropiezan, desde luego, con inconvenientes, que, para algunos, llegan a ser verdaderas imposibilidades. Quieren entonces volver sobre sus pasos; pero las dificultades del comienzo renacen con el principio de una nueva carrera, encontrándose así en las mismas condiciones y con el remordimiento, además, del tiempo perdido.

Y si renovasen aún la prueba, quedarían en una verdaderá situación de inferioridad, porque mientras ellos se entretienen en tanteos inútiles, sus condiscípulos avanzan y se alejan lo suficiente para no poder alcanzarlos sin el doble de esfuerzo. Así su tarea se complica tanto más cuanto mayor sea el aumento de trabajo que necesiten para unirse a los que les llevan ventaja.

Por este motivo nunca recomendaremos bastante a los jóvenes que reflexionen profundamente antes de elegir una carrera. Conviene ponerlos en guardia contra los brillantes espejismos, que ocultan a menudo realidades obscuras y temibles.

El único medio de triunfar honrosamente, es seguir una sola orientación. Tenemos ejemplos famosos de cómo esta fuerza se impone al espíritu, subyugándole y haciéndole apto para secundar las empresas más atrevidas.

La Historia nos presenta a Demóstenes, emprendiendo, para llegar a ser elocuente, una verdadera lucha con la naturaleza. Su pronunciación defectuosa, lo encogido de sus ademanes, la debilidad de su pecho, parecían alejarle por siempre de las luchas oratorias.

Pero le sostenía una idea dominante, fundamento de toda perseverancia, y a ella debió las fuerzas necesarias para corregir su defecto de pronunciación, llenándose la boca de piedrecillas. El influjo de semejante idea le llevó también a combatir la poca sonoridad de su voz, declamando al aire libre, y esforzándose en que sus palabras dominasen el ruido de las olas que se deshacían estrepitosamente contra las peñas.

Era sumamente nervioso; pero resuelto a reprimir los movimientos impulsivos que hacía contra su voluntad, se valió de un medio que exigía verdadero valor.

Después de estudiar sus aptitudes hasta conocer la frecuencia de ciertos gestos y ademanes, se puso delante de una espada desnuda, para que la inminencia del peligro contuviera sus nervios excitados, y consiguiese lo que la voluntad por sí sola no podía lograr.

Sería inútil repetir lo que todo el mundo sabe respecto de los resultados de esa perseverancia heroica.

Semejantes lecciones nos son de mucha utilidad, porque después de volver sobre nosotros mismos, y de examinar detenidamente nuestros gustos, tendencias y aptitudes, podremos inspirarnos en tan ilustres ejemplos para perseverar en el camino elegido y brillar en él a nuestro turno.

Cuéntase, que paseando un día un filósofo por un jardín, observó varios árboles de igual especie, algunos de los cuales se alzaban rectos y robustos, mientras otros se abatían hacia la tierra.

Como preguntase la razón de esto, supo que los primeros árboles habían sido plantados directamente en el sitio en que se hallaban, al paso que los segundos habían sufrido diversos trasplantes.

Entonces, volviéndose a los discípulos que le acompañaban, les mostró aquellos árboles, diciéndoles que debían considerarlos como un símbolo.

Las orientaciones sucesivas—continuó el filósofo—, tienen para los jóvenes los mismos peligros que los trasplantes numerosos para los vegetales. Apenas comienzan a formarse las raíces de la planta cuando quedan rotas al arrancarlas del suelo.

Lo mismo ocurre con los que abandonan la

carrera que primitivamente eligieron. Sus trabajos resultan nulos, y tienen que crearse nuevas costumbres, en un ambiente mal conocido y, a menudo, lleno de peligros.»

Es, pues, de suma importancia no lanzarse a un camino ignorado, cuyos inconvenientes y obstáculos, a veces insuperables, no hemos querido calcular, y en cuyas asechanzas perecemos miserablemente por falta de previsión.

En toda orientación, cualquiera que sea su naturaleza, hay que huir primeramente de dos cosas:

De la manía y de las exigencias irracionales. Al comienzo de este libro hemos hablado del entusiasmo, diciendo hasta qué punto puede llegar a ser funesto.

Repetiremos otro tanto respecto de la manía, que no es lo mismo que el entusiasmo, pero que se parece mucho.

El entusiasmo no se presenta generalmente más que después de cierto conocimiento del asunto. Rara vez le produce la sola concepción del objeto que le causa, y se manifiesta por signos exteriores. Si no le alimentan influencias extrañas, llega pocas veces a su apogeo, y entonces puede predecirse sobre seguro una desilusión tanto más rápida cuanto más ardiente haya sido el entusiasmo.

La manía es menos expansiva; no muere por falta de asociación de ideas, es más tenaz y tanto más temible cuanto que procede del mismo modo que el entusiasmo. Pero no se apacigua, como él, fácilmente, porque se disimula mejor.

Si no es relativamente difícil amortiguar la llama de los falsos entusiasmos, resulta mucho más costoso reducir la manía a las proposiciones de la verdad, porque adopta los caracteres del raciocinio y se demuestra, sobre todo, en las acciones.

Por todas estas causas es infinitamente más peligrosa, y también por su deplorable acción sobre el juicio, que obscurece hasta el punto de no dejarle ver más que los lados seductores del objeto elegido.

La exigencia, por el contrario, no ve en las cosas que se trata de adoptar, más que dificultades, inconvenientes y desventajas de las que hace imposibilidades, concluyendo por rechazar todo proyecto, y cuando las circunstancias prohiben al exigente la inactividad obligándole a tomar una resolución, lo hace de tan mala gana, que le cuesta gran trabajo perseverar en ella.

Su defecto se transforma rápidamente en desagrado, y su mal humor en cólera latente, recelando de todo y haciendo a los hombres y a las cosas responsables de lo que llama su desdicha.

En ninguna de estas dos condiciones puede subsistir la orientación perseverante. Tan pronto envuelta en el torbellino del entusiasmo exagerado, como sumida en el abismo de la desolación, no llegará nunca a mantenerse en el punto necesario para producir resultados felices.

Si interrogamos a los hombres célebres, veremos hasta qué punto puede servir la orientación para conquistar la gloria o la fortuna, o mejor dicho, la gloria y la fortuna, porque ya sabemos que la segunda acompaña siempre a la primera.

Puede ocurrir que las circunstancias nos fuercen desde un principio a desviarnos de nuestros propósitos, obligándonos a realizar acciones extrañas a las sugeridas por la idea dominante. Pero ésta no desparece nunca, mientras no tratemos de alejarla de nosotros.

Como una amiga muda y abnegada, nos sigue paso a paso en la vida, revelando su presencia con alguna llamada discreta, y ocultándose después para dar lugar a las exigencias del momento.

Así vivió el gran Goethe treinta años, con el dulce fantasma de Margarita, realidad de su juventud, que transformó poco a poco en su imaginación, hasta el día en que, sin desfigurar demasiado su personalidad, nos la reveló bajo los rasgos inmortales de la heroína del *Fausto*.

Pero en el transcurso de esos largos años, el

poeta de antes había sido sustituído por un magnífico pensador, y por esto, en la última parte del *Fausto*, el entusiasmo juvenil del principio, se convierte en una metafísica profunda, reflejo de las ideas de Goethe envejecido.

Sin embargo, la idea dominante no se abandona nunca en el poema; flota sobre todas las partes de la obra, retratando las diferentes situaciones del espíritu del autor, pasando de la ternura platónica al amor carnal, de las humildes realidades de la vida ordinaria a sublimidades, cuyo lirismo entra frecuentemente en los dominios de la quimera.

Pero ya nos relate Margarita sus obscuros quehaceres, o el diálogo de los muertos ilustres nos levante, en la última parte de la obra, al más elevado nivel de la filosofía, la orientación sigue siendo única, y, gracias a la perseverancia con que fué sostenida durante tantos años, dió origen a una obra maestra inmortal.

Y lo que es cierto para cosas de grande altura, lo es también cuando se trata de sencillas materialidades de la vida.

La elección de un oficio, por modesto que sea, requiere sagacidad, resistencia y energía, y exige un discernimiento que no se relaciona tan sólo con las aptitudes morales, sino también con las condiciones físicas. Hay debilida-

des o defectos corporales que aumentan las dificultades de un oficio, y no tiene todo el mundo el alma de un Demóstenes para combatirlos victoriosamente. Por otra parte, a menos de sentir una vocación irresistible, no debe olvidarse que el tiempo pasado en esta lucha es perdido para el progreso. Nos cuesta siempre demasiado trabajo conseguir el fin perseguido para que le aumentemos sin necesidad precisa.

Nunca llamaremos bastante sobre este último punto la atención de los jóvenes que no quieren seguir el oficio paterno, porque pretenden conocer muy a fondo sus inconvenientes.

Ninguna labor está exenta de ellos, y además la carrera del padre tiene para el hijo la ventaja de una experiencia que así no necesita adquirir a su costa.

Si quiere progresar, ¿quién le impide introducir en dicha carrera los adelantos que la ciencia moderna permite llevar a todas las cosas?

Y logrará, sin duda, de este modo un éxito rápido, a condición de que al seguir la senda de sus predecedores, se halle resuelto a evitar la rutina, ese obstáculo que los hombres de generaciones pasadas tendieron siempre a poner en el camino del progreso.

Deberá combatir la rutina con tanta mayor fuerza cuanto más desee una pronta victoria, que sólo podrá conseguir practicando la perseverancia en detrimento de la costumbre, sin horizontes y sin perfeccionamiento.

CAPITULO V

Una de las llaves de la fortuna.

Es imposible negar el poder de la perseverancia cuando se contemplan los monumentos de los siglos pasados.

Las gigantes esfinges, que parecen desafiar al tiempo, como emblemas de la eternidad; las pirámides, que hace tantos miles de años resisten las injurias de los elementos, son obras magnas construídas por la mano del hombre para glorificación de la perseverancia.

Asusta considerar la suma de esfuerzos empleados por aquellos hombres que sólo disponían de medios rudimentarios para realizar esas gigantescas obras, labor de varias generaciones sucesivas.

Al través del tiempo y no obstante la desaparición y aparición de tantos seres, persistía la idea dominante de legar a los pueblos futuros

un monumento que perpetuara el poder de un país.

Esta es la lección importante que se desprende de ese esfuerzo colosal, tan felizmente realizado. La voluntad, el ingenio, la resistencia, fueron sin duda cualidades precisas para llevar a cabo esa obra de titanes. Pero todas eran satélites de la virtud principal: la perseverancia.

¿De qué hubiesen servido los esfuerzos de un reinado si el monarca siguiente no hubiera continuado los de su predecesor?

Los bloques de piedra, esparcidos acá y allá, y cubiertos por montones de arena, hubieran compartido el olvido de las ciudades arruinadas, famosas en otro tiempo, pero cuyos vestigios se buscan hoy en vano.

Ahora tenemos otra idea del valor del tiempo y de la vida humana.

Nuestros edificios, aunque materialmente de menor duración, resultan, sin embargo, más imperecederos aún.

Ya no se trata de reunir bloques enormes a costa de un trabajo ímprobo. Nuestros esfuerzos tienen más alto fin. En la época actual se ejecutan las grandes obras, no ya sólo por medio de la fuerza, sino también con perseverante reflexión, es decir, con asiduidad y constancia. Y si no legamos ya a nuestros descendientes mo-

numentos reveladores de la fuerza brutal, puesta al servicio de un honroso orgullo, procuramos dejarles el recuerdo de un adelanto nacido de nuestra legítima ambición.

Y no se diga que el genio no está al alcance de todo el mundo, y que son raros los que pueden unir su nombre a una gran iniciativa, porque todos tenemos una misión que cumplir.

Para unos, se trata de conservar intactos el nombre y la fortuna de sus ascendientes. Otros, la mayor parte de los hombres, tienen esa fortuna por conquistar, y en cuanto al nombre, podrían repetir la célebre frase de un mariscal del primer Imperio:

«Nosotros somos nuestros propios antepasados.» Lo que significa que aunque nuestro apellido carezca de nobleza, todos podemos conseguir con nuestras obras hacerle perpetuamente famoso.

De este número son los sabios, los inventores, los que, fundando su esperanza en el valor de esfuerzos reiterados, les hacen concurrir al fin que desean.

Se objetará también que hablamos aquí sólo de la parte escogida, y que la generalidad de los hombres carece de las aptitudes necesarias para hacerse célebres.

Pero es muy común encontrar personas que,

por pereza, ignorancia, o frivolidad de espíritu, no saben sacar partido de las cualidades que les otorgó la naturaleza.

¿Quién ignora que el descubrimiento de la ley de la gravedad fué debido a una manzana que se desprendió del árbol, cayendo a los pies de Newton?

Semejante fenómeno se había repetido, al través de los siglos, muchas veces al día, sin que nadie se fijara en él .Pero tan pequeño y vulgar incidente fué para el sabio una revelación, debida al influjo de la idea dominante, que con rara perseverancia bullía en su cerebro.

Citaremos también, como ejemplo notable del poder de un pensamiento perseguido con tenacidad, al ilustre Galileo, guardando en sí, durante varios lustros, la idea de la medida del tiempo, que le fué sugerida cuando contaba diez y ocho años.

Fijóse entonces su despierta atención en un acólito de la iglesia de Pisa, que, después de llenar de aceite la lámpara del santuario, la dejó oscilar sin detener su balanceo; pero hasta cincuenta años más tarde no dió cuerpo a sus continuas meditaciones.

Si en la impetuosidad de sus años juveniles, hubiese pretendido realizar lo que sus observaciones le sugerieron, seguramente le hubiera

sido imposible ofrecer entonces una solución tan completa como la que consiguió presentar después de muchos años de estudio y de un largo período de incubación.

A los que no tengan fortaleza de espíritu conviene advertirles que la perseverancia que nos otorga el triunfo, esto es, la fortuna soñada, se resuelve a menudo en una serie de esfuerzos que llegan a convertirse en costumbre, perdiendo así su aspereza propia, porque la repetición lo hace todo más fácil.

Además, la alegría del éxito va mezclada siempre con la que nos procura el convencimiento del deber cumplido y de los progresos realizados.

Esto basta para hacernos agradable, al presente, una labor que nos prepara un tranquilo porvenir. Y para la mayoría de los hombres la perseverancia no tiene otro objeto; es el medio de lograr el triunfo que ha de darnos la fortuna, esto es, la seguridad de los días futuros.

Sólo algunas almas vulgares ven en la fortuna la satisfacción de su avaricia. Pero tales personas desconocen la paz que producen las aspiraciones realizadas.

A su pasajera alegría por la posesión de lo que desean, va unido siempre el pesar de no haber logrado sumas de mayor importancia, y el

despecho de no poder conservar intacto el tesoro tan penosamente reunido.

La tranquilidad producida por la realización de nuestras esperanzas, es patrimonio exclusivo de los que consideran la fortuna como un medio y no como un fin único.

Los que limitan su ambición a poseer una determinada cantidad de dinero, en cuanto lo reúnen, carecen de objeto en la vida. Pero el que anhela la fortuna, no para entregarse a la holganza, sino para librarse de las trabas de la pobreza, que le obligan a dedicarse a trabajos obrerizos, ve iluminarse su porvenir en el momento de lograr el primer triunfo serio. No encontrándose ya en la precisión de trabajar para hacer frente a sus necesidades cotidianas, puede consagrarse a más nobles tareas, y consigue tanto más fácilmente el dominio sobre sí propio, cuanto que ya no tiene que ocuparse de asuntos sin interés, ni de cuestiones poco gratas.

Puede elegir su objeto, en vez de someterse a las circunstancias. Tiene tiempo sobrado para impulsar o contener sus medios de acción, y como la espectativa no es ya, para él, ruinosa, nada le impide poner en práctica esa tenacidad batente que no se revela por señal alguna, pero que da seguro fruto, a semejanza del labrador

que confía a la tierra, en el otoño, el trigo que ha de dormir allí durante todo el invierno.

Pero ese sueño es sólo aparente; un sordo trabajo se produce en las entrañas de la semilla, que rompe su envoltura y deja salir su precioso germen. Lo mismo ocurre con la idea que no se ve obligada a desarrollarse en seguida, con apresuramiento febril.

El pensamiento meditado sufre un período de gestación, que dura más o menos, conforme a la riqueza de su contenido, cuando le emite un hombre que debe ya a su perseverancia una fortuna, o al menos la tranquilidad de su vida.

Para el hombre digno no es solamente la fortuna el medio de satisfacer las necesidades materiales, sino que es, además, la palanca que le permite remover muchos obstáculos.

No puede todo el mundo entrar en la vida por la puerta de honor; pero cada cual tiene en su mano mejorar su suerte en el sentido que le parezca preferible.

Unos buscan la dicha en el fausto, atrayendo sobre sí las críticas de algunos lúgubres censores; pero son también elementos que contribuyen al bienestar general, porque al satisfacer sus placeres, proporcionan a los trabajadores ocasión de ganarse el sustento.

Todas las industrias de lujo alimentan a una

multitud de obreros, a quienes los caprichos de los ricos permiten tener parte, a su vez, en los goces de la vida intelectual.

Sabido es que los obreros que fabrican objetos de puro lujo, tienen gustos artísticos muy desarrollados. Para la mayoría de ellos el *oficio* es el *medio*, y el *arte* es el *fin*, porque alimentan aspiraciones de un orden más elevado que el trabajo material a que les reduce la necesidad de vivir, y aplican a la realización de esos deseos lo que les sobra del jornal que perciben por su diaria labor.

Dedicándose asiduamente a trabajos manuales es como muchos artistas han adquirido los recursos necesarios para crear la obra que soñaban.

Sería, pues, injusto, socialmente hablando, condenar a los que sólo ven en la perseverancia el medio de obtener una fortuna que les permita satisfacer sus placeres. En la gran máquina de la sociedad, hay ruedas inferiores, pero útiles para la buena marcha del conjunto.

Otros hombres desean el dinero para cambiarle en seguida por cosas más elevadas, referentes a la ciencia y al espíritu. Estos son también apóstoles de la perseverancia, y su apetito de vivir encuentra su alimento en la manifestación de la voluntad, que es una afirmación de la existencia.

Tales personas saben que el progreso no se produce sin una multitud de realizaciones que proceden al fin buscado, y miran con calma la duración de una lucha incesante para la conquista de la perfección.

Dejar de combatir es, casi siempre, declararse vencido. Para algunos presentuosos es declararse satisfechos. Pero el hombre que posee una voluntad perseverante, no renuncia jamás a sus deseos de conquista, y considera la inacción como el principio de la decadencia.

Y, en efecto, con la inacción dejamos de caminar hacia el progreso, y el que no avanza se queda pronto distanciado.

Vemos así que los hombres a quienes anima una ambición razonada, se fortifican en su idea, hasta el punto de estar siempre dispuestos a pasar del pensamiento a la acción, sin vacilaciones de ninguna especie, y desechando todo sentimiento hostil al propósito que persiguen.

De este modo cansan a sus adversarios con su tenacidad, y les dominan con sus continuos esfuerzos.

Su perseverancia tranquila y metódica hace que triunfe la razón. Imponen en torno suyo la autoridad que les confiere el dominio sobre sí mismos, y se hallan prontos a desarrollar tanto una energía activa como una tenacidad latente y

muda, mucho más difícil de mantener que la primera.

Completamente absorbidos por su idea dominante, que influye, por asociación, sobre su vida entera, buscan todo lo que puede servir para extenderla, fortificarla y defenderla en caso preciso, rechazando resueltamente lo que la contradiga o pueda alejarla.

Tales hombres gustan de recogerse en sí antes de obrar, y cultivan todos los pensamientos que estimulen sus energías y provoquen la acción directora que ha de llevar a cabo el propósito que sus necesidades o deseos les hagan entrever.

Aquéllos en quienes domina el alma social sobre el alma individual, saben sufrir sin desalentarse fracasos repetidos, porque no ignoran que de esas diferentes derrotas ha de surgir la victoria final.

Los apetitos e intereses individuales nada pueden contra la lenta penetración que convierte los espíritus, preparándoles a un estado cuyo ideal se aproxima a la felicidad universal.

Así, todos debemos caminar siempre hacia el fin, o más bien, hacia una serie de realizaciones que dependan del fin principal, y a medida que éste resulte más tangible, nos complaceremos en hacerle retroceder, porque en cuanto nos veamos próximos a alcanzarle, nuestro afán de progreso

nos llevará a querer algo más noble y más hermoso.

La vida de los hombres dignos de envidia, de aquéllos que se pueden llamar, a justo título, los afortunados de este mundo, se compone particularmente de sucesivas realizaciones que tienden todas a un mismo fin; no a la perfección, porque esta dejaría de existir en el momento en que fuera alcanzada, puesto que todo estacionamiento es enemigo de la tendencia hacia lo mejor, sino al *Perfeccionamiento*, que, como la perseverancia, es una de las llaves que nos ayudan a abrirnos las puertas del renombre y de la fortuna.

FIN

ÍNDICE

Páginas

PRIMERA PARTE

Capítulo primero.—La verdadera perseverancia. 5
Capítulo II.—Peligros de la obstinación..... 24
Capítulo III.—Peligros de la facilidad de entusiasmo..... 39
Capítulo IV.—La indecisión es funesta para la perseverancia..... 50

SEGUNDA PARTE

Capítulo primero.—Cómo se llega a ser perseverante..... 65
Capítulo II.—Ejercicios prácticos para adquirir la perseverancia..... 80
Capítulo III.—La perseverancia y la vida cotidiana..... 90
Capítulo IV.—La orientación y la perseverancia..... 103
Capítulo V.—Una de las llaves de la fortuna... 113

TIPOGRAFÍA YAGÜES

NUNCIO, 8.—MADRID

De la misma colección

Precio: 1,50 pesetas

Tip. Yagües.—Nuncio, 8.—Madrid.